

PROGRAMA Y ACTA

DE LA SESIÓN SOLEMNE
QUE CELEBRÓ LA ACADEMIA LA NOCHE DEL 8 DE AGOSTO DE 1906,
PARA INAUGURAR

SU BIBLIOTECA Y DEPARTAMENTOS ANEXOS

EN LA ESCUELA N. DE MEDICINA.

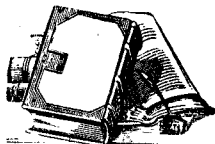
DISCURSO ALUSIVO Á LA INAUGURACIÓN POR EL SR. DR. D. JOSÉ RAMOS.

ELOGIO POR EL SR. DR. D. LUIS TROCONIS ALCALÁ:

«NUESTROS GRANDES MÉDICOS.

ALGUNOS FILÁNTROPOS Y LOS EXCELSOS MAESTROS DE LA ESCUELA.

LOS PRECLAROS FUNDADORES Y OTROS MIEMBROS ILUSTRES DE LA ACADEMIA
NACIONAL DE MEDICINA.»



MÉXICO

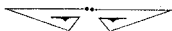
IMPRENTA DE IGNACIO ESCALANTE

SAN ANDRÉS NÚMERO 69.

PROGRAMA

de la Sesión de la Academia Nacional de Medicina, que se verificará
el día 8 de los corrientes, á las siete de la noche, para
inaugurar su Biblioteca y departamentos
anexos.

**Presidencia del Señor Secretario de Estado
y del Despacho de Instrucción Pública y Bellas Artes.**



I

Discurso por el Dr. José Ramos, alusivo al acto
de inauguración.

II

Discurso por el Dr. D. Luis Froconis Alcalá,
titulado: "Nuestros grandes médicos.—Algunos filántro-
pos y los excelsos Maestros de la Escuela.—Los pre-
claros fundadores y otros miembros ilustres de la Aca-
demia N. de Medicina."

ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA.

Sesión extraordinaria del día 8 de Agosto de 1906.

El día 8 de Agosto de 1906, á las 7 y 30 minutos de la noche, la Academia N. de Medicina, celebró una sesión extraordinaria con el exclusivo objeto de inaugurar su Biblioteca y Departamentos anexos, bajo la Presidencia del Sr. Dr. D. Eduardo Licéaga, en representación del Sr. Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, conforme al siguiente programa:

Discurso alusivo al acto de inauguración, por el Dr. D. José Ramos.

Discurso intitulado: «Nuestros grandes médicos. Algunos flántropos y los excelsos maestros de la Escuela. Los preclaros fundadores y otros miembros ilustres de la Academia N. de Medicina,» por el Dr. D. Luis Troconis Alcalá.

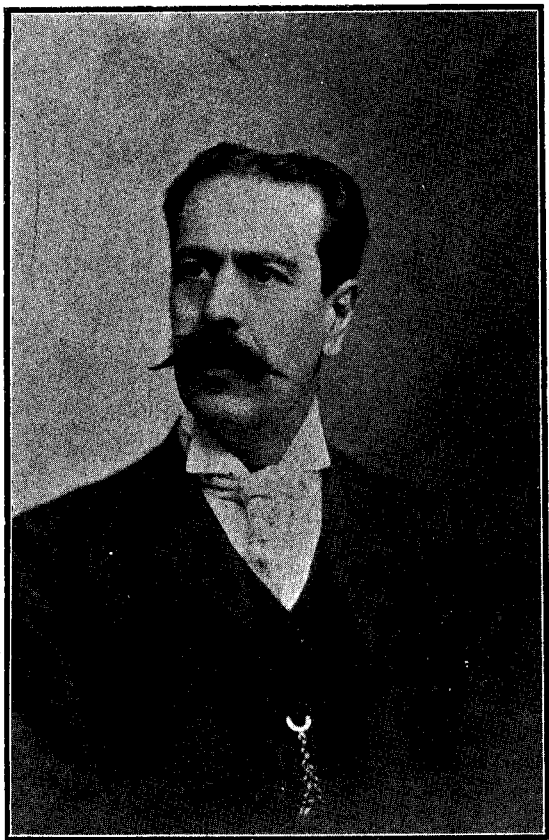
Asistieron á dicha sesión los subscritos miembros de la Academia N. de Medicina y los representantes de las Corporaciones invitadas.¹

Altamirano, Arriaga, Bulman, Cicero, Cosío, Chávez, Chacón, Díaz Lombardo, García, González Fabela, Gutiérrez, Hurtado, Icaza, Licéaga, Loaeza, Mendizábal, Mejía, Monjarás, Montaña, Orvañanos, Núñez, Prieto, Ramos, Sánchez, Soriano, Saloma, Troconis, Uribe Troncoso, Urrutia, Vázquez Gómez, Velázquez Uriarte, Vergara Lope, Ulises Valdez, Vértiz.

El Secretario de la Escuela N. de Medicina, Dr. D. Alfonso Ruiz Erdozain, y el Prefecto de la misma, Dr. D. Efrén Marín.

J. Cosío.

1 Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, Sociedad Científica «Antonio Alzate,» Sociedad de Ingenieros y Arquitectos, Sociedad Oftalmológica Mexicana, Farmacéutica Mexicana, Academia de Legislación y Jurisprudencia, Academia Mexicana, correspondiente de la Real Española, Instituto Médico Nacional, Instituto Bacteriológico Nacional, Instituto Patológico Nacional, Cuerpo Médico Militar, Consejo Superior de Salubridad, Consejo Superior de Educación, Sociedad Médica «Pedro Escobedo,» Sociedad de Medicina Interna.



SR. DR. JOSÉ RAMOS.

DISCURSO

pronunciado por el Dr. José Ramos, la noche del 8 de Agosto de 1906,
al inaugurarse la Biblioteca de la Academia Nacional
de Medicina.

SEÑOR SECRETARIO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA Y BELLAS ARTES: *

SEÑORES ACADÉMICOS:

SEÑORES:

"Inter folia fructum."

"Entre las hojas está el fruto."

La Academia N. de Medicina, celebra la inauguración de su Biblioteca, con esta sesión extraordinaria. El acto, aunque sencillo en apariencia, es empero solemne por su significado, y la solemnidad resulta aún mayor, con la presencia del Señor Secretario de Estado, que, poseído de culto y patriótico celo, impulsa con vigoroso aliento y por nuevos horizontes, la grandiosa y trascendental tarea de la educación pública, en esta era notable de nuestro desenvolvimiento intelectual. Su franca protección á esta Academia, justamente agradecida, así como la progresista iniciativa del Sr. Dr. Vázquez Gómez, ilustrado Presidente de la Sociedad, apoyado por el Sr. Dr. Licéaga, Director de la Escuela N. de Medicina, han permitido realizar una obra que ya se hacía del todo indispensable. Es necesario también hacer mención de los valiosos donativos que han hecho los Sres. Perlado Páez y Compañía, de Barcelona, varias casas editoriales de Madrid, algunas Aso-

* El Sr. Dr. E. Licéaga, representó al Señor Ministro.

ciaciones médicas de los Estados Unidos del Norte y el Sr. Dr. D. Miguel Wilson. Es muy satisfactorio darles las debidas gracias, por las costosas obras que nos han cedido.

Cuando traspongamos los umbrales de nuestra Biblioteca, y penetremos en su sévera estancia, podremos admirar los doctos volúmenes que hemos logrado atesorar, como valiosas y envidiables joyas; al encontrarnos frente á la estantería, absorbidos en profunda contemplación, como en místico santuario, evocaremos los angustos manes de muchos que ya franquearon los límites de la humana existencia, pero que allí, en sus libros, siguen viviendo con nosotros. Los representantes de nuestra especie han abrigado siempre una irresistible tendencia á perpetuarse; han querido que al terminar su frágil existencia individual, queden vestigios duraderos de su paso por el planeta, procurando que su memoria sobreviva, no sólo por sus descendientes, sino también por el recuerdo de sus hechos; de aquí resulta, además de la instintiva necesidad de la reproducción, el vehemente deseo de gloria póstuma para mantener en las generaciones los recuerdos de los que ya no son.

No ha bastado la acción destructora del tiempo para borrar de nuestra memoria los esclarecidos nombres de muchos héroes, sabios y artistas, que aún nos deslumbran con sus luminosos destellos, á la manera de algunos soles, que se han extinguido ya en el firmamento, y que aún los seguimos contemplando.

Si el héroe sobrevive por sus brillantes proezas, y el genio observador por sus asombrosos descubrimientos, también el escritor insigne logra perpetuar su memoria por las inmortales producciones de su ingenio; su vida material puede haber terminado, pero sus hijos intelectuales, sus escritos, impregnados de su espíritu, de su genio, de su esencia inmateral, serán legados á las gene-

raciones, y al ser leídos, meditados y aun asimilados por otros espíritus, harán vivir con extrahumana existencia á sus inolvidables autores.

Cuando Cornelio Népote hizo pasar á la posteridad á los notables personajes que biografió en «Los Generales Ilustres,» se inmortalizó él mismo, imprimiendo á su relato un sello de grandeza y de justificación histórica, que hace admirar al genio del autor, tanto como á los héroes biografiados. Los soberanos escritos del profundo Tácito sobre asuntos históricos de sus contemporáneos, cautivan sobremanera, pues al mismo tiempo que hacen llegar hasta nosotros los altos hechos de distinguidas personalidades, nos sorprenden por la nobleza del alma, por la serenidad del juicio y por la inquebrantable dignidad del escritor, que dejó impregnados sus preciosos libros con el fragante perfume de sus talentos y de sus virtudes.

¿Quién no adivina el genio de Adolfo Thiers, llamado con justicia en Francia el «Salvador del Territorio,» cuando se recorren las bellísimas páginas del «Consulado y el Imperio,» y de la «Revolución Francesa,» páginas en las que el autor hizo derroche de inteligencia, derramando en ellas los raudales de su firme amor á la justicia, y de su criterio tranquilo y elevado?

Así como entre el verde follaje de los vegetales, se encuentran los dulces y sazonados frutos, así también entre las hojas de los libros, hállanse los conceptos profundos, los doctos razonamientos, las geniales ideas y las creaciones estéticas, que son valiosos frutos del entendimiento humano. Si bien se considera, cada libro es cual la reencarnación del autor, que lleva consigo sus gustos, sus aptitudes, sus tendencias, sus sentimientos, sus ideales. Al recorrer los severos renglones de Euclides, de Newton, de Leibnitz, de Lagrange, ó de Díaz Covarrubias, se reconoce el genio matemático, y se admira la abstracción

elevada á su más alta potencia; un cerebro no bien conformado para el cálculo, difícilmente podrá seguir á esos genios en sus profundos procedimientos deductivos; se sentirá abismado y aun empequeñecido, y los sabios rendirán un tributo de admiración, á los que ya partieron, dejando en sus obras una doctrina fructuosa y duradera. Las excelsas obras de Aristóteles, Sócrates y Platón, en los tiempos antiguos, así como los inolvidables escritos de Descartes, Comte, Stuart Mill y Barreda, en épocas modernas, impregnados todos de saber profundo, revelan el espíritu eminentemente filosófico de sus autores.

En los castos amores del sublime loco de la Mancha, en sus nunca bien ponderadas hazañas para deshacer agravios, en la pujanza de su sin par y justiciero brazo, así como en sus ingeniosos razonamientos, admíranse la caballerosa hidalguía, la bondad de espíritu y el preclaro talento literario del manco de Lepanto, cuyo nombre venerado ha recorrido el mundo triunfalmente. Al leer las páginas del «Periquillo,» de la «Quijotita» ó de «Don Catrín de la Fachenda,» justo es rendir tributo al genio observador, al espíritu de juiciosa y sana crítica, y al deseo de fustigar los vicios sociales existentes en esa época, que animaban á Don Joaquín Fernández de Lizardi, el modesto «Pensador Mexicano.»

¿Cómo no adivinar el alma ardiente del poeta, en las sonoras églogas del dulce Virgilio, en las delicadas odas del tierno Quinto Horacio, en las bien llamadas «tristes» del afligido y desterrado Ovidio, ó en los heroicos poemas del épico Homero?

¿El que conoce el sentimiento estético, no advierte que en sus versos inspirados ha vertido el poeta su impresionable espíritu, dejando caer gota á gota la negra amargura que destroza su alma, transmitiendo en sus sentidos y cadenciosos cantos el ritmo de su corazón apasionado,

ó propagando en ocasiones el fuego de su mente, inflamada por el ardor de la epopeya?

¿Quién de nosotros no comprende el sentimiento poético de los autores, al saborear las clásicas composiciones de Altamirano, los sentidos versos de Gutiérrez Nájera, ó los inspirados cánticos de Acuña?

Pasarán también circuidas de gloria á la posteridad, muchas obras de las que ahora existen, y cuyos nombres no debo mencionar, temiendo que el elogio á los vivos pueda parecerse á la lisonja.

No cabe duda, la mente del autor permanece entre las páginas de sus libros: allí fulguran sus ideas y brillan sus pensamientos. Así como entre el espeso follaje de ciertas plantas, suelen encontrarse acerbos y venenosos frutos, también acontece, en ocasiones, que entre las hojas de los libros, pueden guarecerse la ruindad de alma, la estrechez de ideas, la efervescencia de las insanas pasiones, ó el mal reprimido interés personal de los autores; en tales casos, el modo de ser de las obras, revela también el estado de ánimo de quien las escribió; la parte sana del cuerpo social, rechaza, ó desprecia cuando menos, tan procaces escritos, dejando en el olvido á sus mal aconsejados autores.

Si, pues, el libro, como un terso y bruñido espejo, refleja fielmente la imagen moral del autor, cuando entro á una selecta biblioteca, me parece penetrar á un templo en que se rinde culto á las ciencias y á las letras; absorbido en respetuoso recogimiento, se me figura que surgen de los anaqueles, los genios imperecederos de los autores, que tomando fantásticas y sobrehumanas formas, me invitan á abrir sus obras predilectas, y al meditar ante las substanciosas y eruditas páginas, me pongo en relación espiritual, con los ya desaparecidos escritores.

Lo que acontece en los diversos ramos del saber hu-

mano, pasa también en las ciencias médicas que forman nuestro estudio favorito: cada autor ha dejado en sus obras, el caudal de su experiencia, el fruto de sus estudios y la expresión de sus ideales; ha impregnado también los libros con su espíritu, les ha transmitido su modo peculiar de ser y de pensar, les ha impreso su carácter moral é intelectual. Al estudiar los altruistas libros del gran Hipócrates, escritos algunos siglos antes de nuestra era, se admira el genio observador del maestro, su alto grado de perfección moral, y el elevado concepto que tenía de su abnegada profesión; en todos sus escritos se descubre un fondo de filantropía digno de imitarse en todos tiempos; teniendo consagrada su existencia entera al estudio y al tratamiento de sus enfermos, deplora no tener más tiempo para sus trabajos, y exclama tristemente: «*Vita brevis, ars longa, occasio precipua, experimentum periculosum, difficile judicium.*»

Lamentándose del indebido ejercicio profesional, dejó asentado lo siguiente: «La medicina es la más noble de las artes, pero la ignorancia de algunos de los que la ejercen, y de los que la juzgan temerariamente, hacen que sea considerada como la menos importante. Además, lo que perjudica á la medicina, es que no hay otra pena contra las gentes que la ejercen mal, que el deshonor y la vergüenza, á lo que no son sensibles tales gentes. Son comediantes que desempeñan el papel de personajes, muy diferentes de lo que ellos mismos son, porque hay muchos médicos por el nombre, pero pocos que lo sean efectivamente, ó cuyas obras correspondan á la profesión que ejercen.»

La benevolencia de Hipócrates raya á la altura de su sabiduría, cuando escribe: «Sucede en la medicina lo que en las otras artes; hay obreros buenos y malos; los médicos pueden cometer faltas, y los que cometen menos, deben ser muy estimados, porque es imposible encontrar la

verdadera perfección.» «El médico,» escribe en otro de sus pasajes, «debe tener corrección en sus vestidos, y gravedad en sus maneras; debe de ser moderado en sus acciones, casto y discreto con el otro sexo. No debe ser envidioso, ni injusto, ni mucho menos deshonesto; no debe ser locuaz, pero sí está obligado á contestar á todo mundo con dulzura. Debe aun ser modesto, sobrio, paciente, presto á cumplir su deber sin disgustarse, piadoso sin superstición, conduciéndose con honorabilidad en su profesión y en todos los actos de su vida. En lo que concierne á sus honorarios, procederá con honradez y humanidad, teniendo en cuenta el poder ó la impotencia en que se encuentra el enfermo para recompensarlo. Hay ocasiones en que el médico no debe pedir, ni esperar recompensa, como cuando ha curado á un pobre, ó á un extranjero desvalido, personas á quienes todo el mundo está obligado á socorrer.»

Aconseja á sus discípulos, que si han sido olvidados, mal correspondidos por sus enfermos, olviden las ofensas, acudiendo solícitos, si son llamados nuevamente por sus ingratos clientes, que necesitan con urgencia sus servicios. Demostró prácticamente que poseía los bellos sentimientos, revelados en sus escritos, cuando al ser llamado con deslumbrantes ofertas á la corte de Jerjes, contestó al ministro persa, despreciando honores y riquezas: «Tengo en mi país, el techo, el sustento y el vestido; no me es lícito poseer los caudales y grandezas de los persas, por curar á los bárbaros, que son los enemigos de mi patria.» Obligaba á sus alumnos, antes de que ejerciesen la medicina, á prestar el famoso juramento, que consta en uno de sus libros y que forma un capítulo entero, de honorabilidad y abnegación profesionales.

¿Cómo no admirar al grande hombre en sus escritos? En ellos vivirá, mientras exista en la tierra un sentimien-

to de virtud. Galeno, médico ilustre de Marco Aurelio, protector insigne de las ciencias y de las letras, al llevar á Roma los tesoros científicos recogidos en las escuelas de Grecia y de Alejandría y al dedicarse él mismo á sus notables estudios, dejó estereotipado en numerosos libros, su carácter observador, y reveló también en ellos la franqueza y lealtad de sus principios, aconsejando lo que sigue: «Nunca te entregues temeraria, ni ciegamente á ninguna secta; estudia extensamente y con paciencia los dogmas de cada una, y después de haberte penetrado de ellos, discute su valor; así merecerás la aprobación de los hombres prudentes y esclarecidos. Las sectas son déspotas implacables; aceptar su servidumbre, es quitar á las acciones y al pensamiento toda libertad. Sé justo, temperante, valeroso, prudente; huye de los deseos inmoderados, y busca, ante todo, la verdad; sé siempre igual á ti mismo, inquebrantable en tus principios, firme en tus resoluciones; cualquiera que sea el viento que te sople, no te dejes arrebatar por su corriente; sé en la tarde lo que has sido en la mañana.»

Sus tratados sobre los huesos, las articulaciones, los músculos y los vasos, revelan, como sucede en todos los escritos, el genio de su autor.

No es difícil reconocer el espíritu inquieto y atrevido de Teofrasto ó Paracelso, en los numerosos trabajos que escribió á principios del siglo XVI, en la época en que se iniciaba una formidable revolución de ideas y de principios. «Antes del fin del mundo, gran número de efectos, reputados como sobrenaturales, se explicarán por causas puramente físicas,» ha escrito en una de sus memorias. Defendiendo la especificidad terapéutica de los metales, entró en largas y apasionadas polémicas con sus adversarios; sus fogosos escritos, llenos de vehemencia, revelan al genio osado y batallador. «Mi reino crecerá y el vues-

tro está destinado á perecer; si llegaseis á destruirme, Paracelso luchará con vosotros aun después de muerto,» ha escrito á sus implacables contrincantes, y su profecía se cumplió, pues cual si hubiese reencarnado en sus discípulos, éstos continuaron la comenzada lucha, con tanto ó más ardor que su maestro. Al recorrer los mordaces escritos de Teofrasto, el lector se siente transportado, con el espíritu del turbulento médico, á aquellas épocas de agitación social, en que comenzaba á entreverse la reforma en todo orden de ideas, algunos años después del sensacional invento de Guttemberg, del inesperado descubrimiento de Colón, y de la trascendental enunciación de las sabias y para su tiempo audaces teorías astronómicas de Copérnico, defendidas 90 años después por Galileo, el ilustre geómetra de Pisa. De esa época memorable en la historia del desarrollo intelectual, nos dan idea exacta los libros que entonces se escribieron, entre otros los de medicina, mostrándonos las fases sucesivas de la incesante evolución del mundo, así como las tendencias y modo de ser de los escritores.

En los albores del siglo XIX, pródigo en descubrimientos, y con justicia llamado «siglo de las luces,» un joven, notable por su talento privilegiado, el sabio de 31 años, como se le llamó, Bichat, el Profesor de cerebro marcadamente asimétrico, aunque brillantemente organizado, escribió una obra imperecedera sobre «Anatomía General,» rama de la ciencia creada por él, y las notables «Investigaciones sobre la vida y la muerte.» A mediados de la misma centuria, el sabio Dr. Rodolfo Virchow, publicó en Alemania su obra portentosa sobre «Patología celular;» este libro magnífico, así como los de Bichat, hicieron época en los anales de las ciencias médicas, demostrando el espíritu analítico, el sereno criterio y la disciplina científica de sus autores.

Por ese tiempo, Broussais, el insigne fundador de la «Escuela fisiológica,» dotado de indomable brío y de arrebatadora palabra, profesaba en sus lecciones y propagaba en sus escritos, las doctrinas que consagraron su celebridad. Poco importa, como asegura nuestro eminente filósofo Barreda, que Broussais, llevado en alas del entusiasmo, exagerase el alcance de sus teorías, extendiéndolas más allá de los justos límites, dando lugar con eso á un sistema general de terapéutica, manifiestamente erróneo; ese hecho, de ningún modo amengua la importancia de sus descubrimientos, pues al señalar lesiones materiales de los órganos, como causa de enfermedades, que antes de él se hacían depender de la sola alteración de los humores, dió un paso gigantesco en el estudio positivo de la nosografía; sus obras, saturadas de erudición y vigoroso aliento, harán vivir por los siglos, al renombrado autor.

Si se siguiera paso á paso á todos los escritores que han señalado un adelanto en la marcha siempre progresiva de la medicina, se vería que en cada libro, en cada capítulo y en cada página, han quedado marcadas, con imborrables caracteres, las sucesivas fases de la evolución científica, íntimamente enlazadas con la mente de cada autor. Cuando vayamos á nuestra biblioteca, podremos venerar en sus notables obras á los grandes maestros que han florecido desde remoto tiempo; encontraremos, cuando menos, reminiscencias del noble y sabio anciano de Cos, descendiente de Esculapio, en las citas que de sus aforismos y de otras obras hacen los eruditos; veremos mencionados en algunos textos, varias ideas de las Escuelas de Alejandría y Arabia. En ciertas ediciones modernas, hallaremos señaladas las pesquisas de algunos genios descubridores, como Herofilo y Galeno.

De tiempos más aproximados á los nuestros, podre-

mos admirar, por referencias, en sus magistrales descripciones de clínica médica, á los célebres profesores Chomel, Louis, Læenec, Duchene, Bretonneau, Romberg, Sydenham y Bright; á los Dupuytren, Stromeyer, Nelaton, Larrey, en sus inolvidables enseñanzas quirúrgicas; á los Stoltz, Velpeau y Boivine, en sus clásicas investigaciones obstétricas.

Aproximándonos á la época moderna, podemos beber en las purísimas fuentes anatómicas de Cruveilhier y Sappey, nutrir nuestro cerebro con los admirables estudios fisiológicos de Claude Bernard, modelos de inducción científica rigurosa; con las bellísimas descripciones de Trousseau y Grisolles, verdaderas fotografías clínicas; en los interesantes estudios quirúrgicos de Billroth, Gosselin y Pean; con los maravillosos descubrimientos de Pasteur, preclaro reformador de la ciencia é insigne bienhechor de la humanidad, cuyas obras espléndidas constituyen un impercedero monumento; con las luminosas lecciones neuropatológicas de Charcot, Rosenthal, Gilles de la Tourette y con tantas otras obras que representan una suma colosal de energías acumuladas en las doctas páginas, sin mencionar los fabulosos caudales científicos que atesoran los incontables libros de los autores vivos, que continúan prodigando sus ricas producciones, al seguir la rápida y moderna corriente intelectual.

También encontraremos en nuestra flamante biblioteca, más de 40 volúmenes de la «Gaceta Médica,» que contienen sintetizada, la fecunda labor de los honorables miembros de esta Academia; muchos de ellos partieron para no volver, y muy en breve escucharéis su elocuente panegírico; al alejarse de nosotros, nos dejaron como valiosa herencia los escritos que encierran el fruto de sus trabajos y talentos.

Esos queridos volúmenes, transmitirán á las genera-

ciones venideras, las ideas de sus autores; en esos libros van á vivir perpetuamente; allí se admirarán las geniales investigaciones del Profesor Miguel Jiménez, modelo de los clínicos, y legítimo orgullo de nuestra Escuela; las memorias del infatigable Dr. Ehrman; los trabajos que en claro y modesto estilo, pintan á su autor, el eminente práctico Profesor Lucio; los eruditos estudios que revelan el genio didáctico del correcto escritor Juan María Rodríguez; los elegantes escritos de alto vuelo, pertenecientes al sentido Dr. Carmona y Valle; los artículos de cirugía práctica de los afamados profesores Muñoz, Villagrán, Ortega, Montes de Oca y Chacón; las numerosas comunicaciones, llenas de amenidad y de interés, del inolvidable Profesor Lavista, cuyo entusiasmo científico, mantenía siempre vivo el fuego sacro de esta Academia; los bellos estudios oftalmológicos del malogrado Profesor Ricardo Vértiz, y de otros muchos académicos distinguidos, que duermen ya el eterno sueño, dejando sólo sus vivos y muy gratos recuerdos.

En esos mismos volúmenes se encuentran los frutos intelectuales; de los que ocupamos aún estos honrosos sillones; allí legaremos á los que nos sigan los resultados de todos nuestros afanes y desvelos; la muerte habrá sellado nuestros labios, pero en los trabajos que dejamos escritos, seguiremos viviendo para los que han de sucedernos; cualquiera que sea el juicio que se forme de nuestras obras, ellas representan una labor meritoria, una energía desplegada con las mejores intenciones, en bien de nuestros semejantes. El altruismo nos hace concurrir periódicamente á este sitio. No obstante las fatigas, á veces rudas de la jornada, la Academia nos reúne por las noches, en su angusto recinto, donde hacemos lo que es dable para resolver muchos problemas, interesantes para el bien común; aquí hemos pasado una parte

de nuestra existencia y tenemos esperanzas de pasar todavía otra. Estos callados muros han recogido muchas veces nuestras palabras; si pudieran reproducirlas en lejanas épocas, á la manera del portentoso aparato de Edison, mucho enseñarían sobre el carácter, las aptitudes y las tendencias de cada uno de nosotros; repetirían nuestras discusiones, á veces serenas y tranquilas, un tanto acaloradas en ocasiones, mas siempre dirigidas hacia el bien.

Aun cuando sea extractados, los anales de la Corporación conservarán esos recuerdos. Además del amor á la patria, á la ciencia y á la humanidad, deben servirnos de poderoso estímulo, para seguir el buen camino, las reminiscencias que de nuestros trabajos y de nuestros actos guardarán esos libros escritos por nosotros. Sigamos el adagio latino «*Fac et spera;*» hagamos cuanto sea posible para cumplir nuestra delicada misión, y esperemos, con la conciencia limpia y tranquila, el juicio de los demás.

Debemos desear que estos volúmenes, en que van á quedar impresas nuestras frases, no encierren en sus hojas ni un solo fruto amargo que se destaque en ellas, bajo la forma de virulenta y despectiva crítica ó de insana y rencorosa emulación; procuremos que cuando nuestros pósteros recorran sus hojas y recuerden nuestra vida académica, no tengan que exclamar: «*Invidia medicorum, pessima invidia;*» antes bien, inspirados con los nobles ejemplos del virtuoso Hipócrates, y del ilustre médico de Pérgamo, hagamos que la concordia, la fraternidad y el mutuo respeto, sirvan de norma á nuestros actos, de guía á nuestras discusiones, y de medida á nuestras palabras; entonces, los que nos lean en épocas remotas, recordarán el cántico sagrado: «Paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.»

Sr. Secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes:

Hoy que nos honráis inaugurando nuestra Biblioteca, nos es grato manifestaros, como digno colaborador que sois del invicto Jefe de la Nación, que mucho agradecemos vuestra valiosa ayuda, esperando que nos la sigáis prestando en adelante; al mismo tiempo protestamos seguir empleando nuestras energías en el creciente progreso de esta Sociedad, que cuenta con un pasado tan glorioso. El trabajo abnegado y el perseverante estudio, nos permitirán cumplir, en cuanto sea posible, con la sublime máxima: «Vivir para los demás,» que sirve de humanitario emblema á nuestra Escuela.

Nuestros grandes médicos.—Algunos filántropos y los
excelsos Maestros de la Escuela.— Los preclaros
fundadores y otros miembros ilustres de la Academia N. de Medicina.

ELOGIO

PRONUNCIADO EN LA SESIÓN SOLEMNE QUE CELEBRÓ LA ACADEMIA
LA NOCHE DEL 8 DE AGOSTO DE 1906, PARA INAUGURAR
SU BIBLIOTECA Y DEPARTAMENTOS ANEXOS,
EN LA ESCUELA N. DE MEDICINA.

SEÑOR SECRETARIO DE ESTADO Y DEL DESPACHO

• DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA Y BELLAS ARTES:¹

SEÑOR DIRECTOR DE LA ESCUELA N. DE MEDICINA:

SEÑOR PRESIDENTE DE LA ACADEMIA N. DE MEDICINA:

SEÑORES:

No seré yo, sin duda alguna, señores Académicos, el que pueda llenar cumplidamente en esta solemne ocasión todas vuestras nobilísimas aspiraciones. Porque si bien abundo en buena voluntad siempre que de complaceros se trata, y á nadie cedo en ardoroso entusiasmo al aplaudir y ensalzar las glorias patrias, no por eso dejo de conocer que la tarea encomendada á mis débiles fuerzas, es

1 Por virtud de alguna ocupación oficial urgente, no pudo concurrir el señor Ministro de Instrucción Pública, Lic. D. Justo Sierra, y comisionó para que lo substituyera, al Director de la Escuela N. de Medicina, Sr. Dr. D. Eduardo Licéaga.

muy superior á ellas, de suyo escasas y, por lo tanto, deficientes, para poderla acometer cual correspondería hacerlo, dada la magnitud é importancia del asunto.

Empresa es esta digna tan sólo de quien abarque los tamaños de Tácito ó Plutarco, ya que reseñar se piensa, siquiera sea muy ligeramente, los rasgos más culminantes de las vidas de aquellos esforzados y dignísimos varones que, llenos de abnegación y amor por la Ciencia y por la Humanidad, se consagraron empeñosamente á la cosecución de un ideal nobilísimo, á la realización de su magna obra; sacrificándolo todo, tiempo, fortuna, posición, en aras de un patriotismo sin ejemplo, que ahora conviene exaltar bajo todos sus aspectos, haciéndolo resurgir, grandioso, redivivo, á fin de conquistarle los homenajes de la admiración universal, envolviendo cariñosamente los nombres de esos venerandos apóstoles, entre las nubes de incienso de la gratitud. . . .!

Bien pronto, señores, á la vuelta de cortísimo número de años, habrá de llegar la fecha memorable en que deberá celebrarse el quincuagésimo aniversario de la fundación de esta Academia. Entonces la ocasión será propicia para celebrar con esplendor extraordinario una magna fiesta de apoteosis, consagrada á todos estos egregios personajes, y en semejante oportunidad convendrá designar, tal me parece, á persona de más merecimientos para llenar digna y acertadamente el elevado cometido de hacer el elogio de nuestros ilustres predecesores.

El pensamiento de asociar á la inauguración de las mejoras materiales, que se han realizado últimamente en el local que ocupa nuestra Academia de Medicina, el recuerdo imperecedero de los preclaros fundadores de esta benemérita Institución, y de otros no menos ilustres colegas, que desgraciadamente ya no existen, hay que considerarlo como muy feliz, grandioso y plausible por lo tan-

to. Que siempre que del engrandecimiento y progresos de una Institución se trata, no es posible echar en olvido á los que la fundaron, á los que solícitos la cuidaron como tierna planta, llenos de amor y de cariño, desviviéndose por darle calor y amparo para proteger su crecimiento, y anhelando constantemente el llegar á verla robusta y vigorosa, regalando al porvenir con opimo y sazonado fruto.

¡Oh! cuánto ha de lamentarse siempre la desaparición de estos grandes benefactores, á quienes la posteridad no ha pagado todavía la deuda inmensa con ellos contraída, y que no será saldada, cual conviene, sino el día en que á la memoria de estos insignes bienhechores se erija un monumento perdurable, símbolo de amor y de respeto, elocuente testimonio de eterna gratitud para las generaciones venideras, hasta las cuales habrán de llegar, al través del tiempo y del espacio, la fama y las virtudes así honradas. . . .!

Que si bien *ante esa gran niveladora, que se llama la muerte*, nada absolutamente significan *el poder, la ambición*, la gloria, la sabiduría, y aun las virtudes más excel-sas, no por eso habrá que declararse vencido ante la ley forzosa, por la cual se pierde esta existencia transitoria, y convendrá, no hay duda, redimir, sin dejarlos perecer en el olvido, á los que tengan grandes merecimientos. Salvar de entre las negras ondas del Leteo los caros nombres de nuestros mayores, las dulcísimas memorias de sus virtuosos hechos, es obra meritoria por virtud de la cual se perpetúa el recuerdo.

«Por dilatada que sea nuestra mansión aquí en la tierra, ¿qué es la vida del hombre, si no la flor de los campos, que en la mañana admiramos bella y fragante, y al declinar el día hallamos marchita y sin aroma? ¿Qué son nuestras vidas, si no ríos, cuyas aguas corren sin detener-

se jamás, hasta confundirse en el Océano, donde pierden su nombre para siempre?»¹

Nuestras vidas son los ríos
Que van á dar en la mar,
Que es el morir:
Allí van los señorios
Derechos á se acabar
Y consumir:
Allí los ríos caudales,
Allí los otros medianos,
Y más chicos:
Allegados son iguales,
Los que viven por sus manos
Y los ricos.

«Sin embargo, hay gloriosas excepciones, hay hombres de raro mérito que hasta cierto punto se sobreviven, porque si bien su nombre está escrito en el catálogo de los muertos, también se halla grabado en el corazón y la memoria de los vivos.»²

Ley forzosa es morir! El tiempo crudo
Toda materia vil en polvo torna;
Y con igual segur corta la parca,
En giro eterno y mudo,
El cuello del pastor y el del monarca.

Mas la huesa do el vulgo se confunde,
Sima de olvido es: mientras en la tumba
Do el saber, la virtud ó el genio se hunde,
Crece mayor su nombre,
Sobra á la envidia ruin su justa fama,
Y la inmortalidad su gran renombre
Sobre siglos y cielos encarama.³

«Aunque la muerte sea una terrible verdad, el hom-

1 (Los pensamientos anteriores se hallan en los libros sagrados). Discurso del Sr. D. Rafael Angel de la Peña, en los funerales del Sr. Dr. D. Miguel F. Jiménez.

2 Idem, ídem, ídem Loc. cit.

3 C. Collado. En la muerte del excelente poeta D. Manuel Carpio.

bre no debe dejar de combatir con ella. Si sus triunfos materiales son inevitables, porque la ciencia humana se ha confesado impotente para disputárselos, necesario es vencerla en otro sentido. El más célebre de los oradores romanos, en uno de los arranques de su prodigiosa elocuencia, resumió la fórmula de la victoria al expresar que los muertos tienen vida, y que ésta consiste en la memoria de los vivos. En efecto, la muerte verdadera es el olvido de la posteridad; y si justo es dejar que extienda su polvo impenetrable sobre los seres comunes, criminal sería no salvar de él á quien con sus virtudes adquirió el derecho á la inmortalidad. Los que en la antigüedad supieron conquistarlo, viven todavía entre nosotros; y ni la acción destructora del tiempo, ni el carácter innovador de los hombres que han hecho desaparecer los suntuosos palacios de pórfido y de mármol, han podido extinguir la memoria de aquellos varones ilustres, que cuando al parecer terminaban su existencia, adquirirían una nueva y vigorosa, ayudados por los esfuerzos regeneradores de Tácito y Plutarco. De esta convicción, confirmada cada vez más por la experiencia, se deduce una verdad práctica y consoladora: la muerte es vencedora hasta la tumba: los que antes de ser heridos por ella prueban con sus hechos su especialidad, siembran los gérmenes de una reproducción moral que empieza desde la tumba, y viven con todas las generaciones.»¹

Al consagrar un piadoso recuerdo, una cariñosa memoria á los excelsos maestros de la Escuela, á los insignes fundadores de esta docta Corporación, y á los virtuosos filántropos que, llenos de ardiente caridad, tanto se afanaron por conseguir el bien ajeno, grande temeridad fuera la mía si por ventura abrigara la necia presunción de pensar que sería llana la empresa de elogiar en bre-

1 Biografía del C. Dr. Manuel Campos, por J. Baranda.

vísimos conceptos á tantos egregios personajes, cuyas ilustres y meritorias acciones, individualmente juzgadas, darían materia bastante para escribir volúmenes enteros. No voy á hacer, señores, propiamente ni el elogio ni el panegírico de cada uno, porque, además de carecer, como ya lo he expresado antes, de las necesarias dotes para haber de llenar cumplidamente este difícil cometido, no sería fácil, por otra parte, realizar semejante propósito, sobre todo, cuando, como en el presente caso acontece, son tantos y de tan gigantesca talla estos ínclitos varones. Así, pues, me contentaré con hacer desfilar rápidamente ante vuestros ojos, á estas radiosas figuras y, al efecto, me valdré, para conseguir mi intento, de los rasgos que de mano maestra y bajo la inspiración del momento, caldeada el alma por la acerba pena que la pérdida ó la desaparición del maestro ó del amigo produjera entonces, hizo trazar el dolor en admirables y elocuentes páginas. De esta manera vendré á ofrecer en vuestro nombre á los manes ilustres de nuestros predecesores, *una verdadera guirnalda de corazones*.

He entretejido una corona con los propios laureles que en vida conquistaron, y las hermosas y no marchitas flores que la dulce amistad, la tierna gratitud, la admiración, el respeto y el amor, en estrecho abrazo confundidos, regaron sobre las losas que cubrieron los mortales despojos de aquellos hombres buenos.

Pero si vierais, señores, que aun al obrar así, no deja de asaltarme un temor, quizá pueril? Y nada más de pensarlo, me detengo á considerar si, para aquellos hombres tan hondamente creyentes, que, al despedirse de la vida, se adormecieron como niños en el amoroso regazo de la Iglesia católica, confiando en la esperanza de la resurrección, y algunos de ellos declarando de antemano que no

querían honores póstumos, ¿no vendrá á ser una profanación el remover ahora sus cenizas. . . . ?

A la sombra de estos santos muros, venerable santuario de otros días, se albergaron los despojos de algunos de estos maestros, y aquí mismo fueron santificados por las angustas preces de la Iglesia. . . . !

A la vuelta de algunos años, el santuario, que era de religión, tornóse en templo de la ciencia, y ved aquí cómo se vuelve á honrar, si bien bajo otro aspecto, en este mismo sitio, la memoria de los que fueron. . . . !¹

Pero no! No temáis, sombras venerandas, que vengamos á profanar vuestras cenizas! ¡Imposible! Mengua fuera que os evocáramos, si no hubiera de nuestra parte la sincera intención de bendeciros! ¡Os veneramos y amamos demasiado! Y al venir á perturbar vuestra quietud, interrumpiendo vuestro apacible sueño, no lo hacemos sino para glorificar vuestros excelsos nombres, y rendir pleito homenaje á vuestros manes. . . . ! Benditos seáis y continuad durmiendo en paz, mientras nosotros, al evocar vuestro recuerdo, ponemos de resalto vuestras meritorias acciones, ejecutadas aquí en la tierra, para servir de ejemplo á la posteridad. . . . !

*
* *

A nuestra Academia de Medicina hay que mirarla como la sucesora de aquellas otras Corporaciones que la precedieron años atrás. Ella es la heredera y la conservadora de las gloriosas tradiciones de sus mayores, la continuadora y perfeccionadora de los primeros trabajos científicos iniciados con tanto brío por aquellos egregios

1 La Academia N. de Medicina ocupa el local que antiguamente estuvo destinado á Capilla, y después á gimnasio, en la Escuela de Medicina.

maestros, allá en la cuarta y quinta décadas del siglo pasado.

Entre los preclaros fundadores de esta Institución, que ha sobrevivido hasta nuestros días, se cuentan algunos de los históricos personajes, que ya habían representado papel principalísimo en las otras Academias de Medicina, que fueron predecesoras de la nuestra. Erazo, Hidalgo Carpio, Durán, Muñoz, Vértiz y Jiménez (Don Miguel), pertenecieron á la primera Academia de Medicina, que existió allá por los años de 1836 á 1842.¹

Lucio y Ortega (Don Francisco), aventajados discípulos de aquella primera y benemérita falange, en la cual descollaron como figuras de gran relieve, Escobedo, Erazo y Carpio, *nuestro altísimo poeta*, fundaron posteriormente, en unión de Don Modesto Jiménez y de Don Joaquín Navarro, la primera Sociedad Filoiátrica, que publicó dos tomos de su periódico, editado el primero en la casa de Vicente García Torres, el año de 1844, y el segundo, en la imprenta de Ignacio Cumplido, el año de 1845. En esta Sociedad Filoiátrica, presentó el Sr. D. Miguel F. Jiménez los *Apuntes para la historia de la fiebre petequial ó tabardillo, que reina en México*, y que, como ha dicho con tanta verdad el Sr. Barrera, serán siempre un modelo de perfecta sinceridad científica y del método de observación pura.

¹ Todas las noticias consignadas en esta exposición, han sido entresacadas de diversas fuentes. Pueden consultarse á este respecto, el *Periódico de la Academia de Medicina*, 6 tomos en 4.^o menor, 1836 á 1842; el discurso de clausura del Sr. Dr. Licéaga, al terminar el año académico de 1877 á 1878; el discurso de clausura del Sr. Dr. Semeleder, correspondiente al año de 1892 á 1893. Estos dos discursos son documentos muy interesantes, particularmente el del Sr. Licéaga, que encierra noticias tomadas de los "Brevísimos apuntamientos sobre Sociedades Médicas," escritos por el Sr. Dr. D. José M. Marroqui, y de los "Apuntes" redactados por el Sr. Dr. D. S. Labastida. Los datos históricos que aparecen en el presente Elogio, han sido tomados textualmente. Conviene asimismo consultar la *Historia de la Medicina en México*, que escribió el Sr. D. Francisco A. Flores Troncoso. 3 vols.

A la misma Sociedad Filoiátrica presentó el venerable maestro D. José Ferrer Espejo, el año de 1848, la traducción al español de las «Lecciones elementales sobre el arte de los partos,» escritas en francés para el uso de las parteras, por el Sr. Garnot. Así se colige, al menos, de la dedicatoria impresa en la hoja siguiente á la portada de la obra, y que dice así: «A la honorable Sociedad Filoiátrica, el menor de sus miembros titulares, José F. Espejo.»

Colaboraron en el periódico de la Filoiátrica, los Sres. Carpio, Río de la Loza, Pascua, Martínez del Río, Reyes, Villagrán, Robredo, D. Melchor Ocampo y D. Miguel F. Jiménez.

La segunda Academia de Medicina fué fundada en 30 de Noviembre de 1851. Era una Sociedad muy numerosa, renovación de la antigua Academia. Publicó en el año de 1852 un tomo de su periódico, el cual llevaba por título, como el de la primera Academia, *Periódico de la Academia de Medicina*. Más tarde, en el año de 1857, bajo la denominación de «La Unión Médica de México,» dió á luz otro periódico con cuyos números se formaron dos volúmenes. Esta segunda Academia de Medicina, tuvo por primer Presidente, al Sr. D. Leopoldo Río de la Loza, y por primer Secretario, al Sr. D. Gabino Barrera. En el seno de esta Corporación se leyó el trabajo de los Sres. Lucio y Alvarado, D. Ignacio, sobre el mal de San Lázaro; en ella también fué donde el Sr. Mariano Ortega dió á conocer los primeros estudios que se habían hecho en México sobre la planta indígena llamada *Pipitza-hoac*, y que fueron el principio de donde arrancaron más tarde los descubrimientos que en la misma planta hizo el Sr. Río de la Loza. En el primer tomo de sus trabajos, la Corporación empezó á publicar un tratado de Medici-

na Legal Patria, y otro de Patología interna, que desgraciadamente no fueron terminados.

D. Manuel Carpio, D. José Ignacio Durán, D. Ignacio Erazo, D. Luis Hidalgo Carpio, D. Miguel F. Jiménez, D. Rafael Lucio, D. Luis Muñoz, D. Francisco Ortega y D. José María de Vértiz, fueron miembros distinguidos de esta Academia.

La primitiva Academia de Medicina, dió á luz sus trabajos en un periódico mensual, con cuya publicación se formaron seis volúmenes en cuarto, y, según se advierte en el prospecto que encabeza el primer tomo, la Corporación se había propuesto llenar un doble objeto: «1.º Extender entre los facultativos del país los conocimientos nuevos, los procedimientos nuevos, los medios nuevos de sanar, las nuevas substancias con que se puede enriquecer la materia médica, ó las nuevas aplicaciones de las ya conocidas; á veces también recordar los principios invariables de la ciencia, señalar los abusos ó los peligros de ciertas prácticas populares ú otras, etc. 2.º Dar observaciones exactas y escrupulosas de enfermedades ya conocidas, ó de las que son completamente desconocidas en los anales del arte, tratar de las epidemias locales ó generales, manifestar las substancias médicas conocidas ó no, usadas ó no, que la Botánica mexicana encierra en su seno.»¹

El inmortal autor de «La Grandeza Mejicana,» nos ha hecho conocer los rápidos y prodigiosos progresos que la Universidad establecida en la Capital de la antigua Nueva España, casi á raíz de la Conquista, había conseguido realizar al cabo de medio siglo de fundada. Pero esta famosa Universidad, que contribuyó, no cabe duda, al adelantamiento y cultura literarios de la antigua Méxi-

1 Loc. cit.

co, permaneció casi estacionaria en punto á doctrinas y enseñanzas médicas, y todavía el año de 1837, «conservaba casi intactas sus constituciones, en las que podía apreciarse el poco concepto que mereció y conservó la medicina de parte de los fundadores y de los que sostuvieron ese Establecimiento. La profesión del médico era la última en consideraciones de parte de los que gobernaban: sin protección, sin excelentes maestros, sin suficientes libros, no podía esperarse que los que se dedicaban al estudio de la más útil de las ciencias, sacasen de las escuelas los elementos necesarios para brillar algún día en los anales de la medicina. . . .»¹

«Ningún progreso se hubiera hecho sentir en ésta, si no hubiera aparecido el genio sublime, el infatigable, el sabio Dr. Luis Montaña, cuyo amor á la ciencia, y cuya dedicación á la instrucción de la juventud médica, merece nuestra gratitud. Este recomendable profesor estaba muy instruido en la versión de las lenguas latina, italiana, inglesa, francesa, y no le era muy extraña la griega: su aplicación á la química, y especialmente á la botánica, lo hicieron digno de recomendación. Muy versado en el conocimiento de las obras del Médico de Cos; exacto apreciador y juicioso partidario de las teorías brownianas, que supo manejar y modificar con las luces que adquirió y adelantó en las obras de Bichat; dedicado al estudio de las epidemias del país y de la higiene pública, y amigo infatigable de la humanidad y de la ciencia, mereció ser encargado de la cátedra de Patología en la Universidad, y dió á luz entonces, en idioma latino, una parte de sus lecciones, en las que aparece desenvuelta la doctrina aforística de Hipócrates, que tiene relación con el estudio de las enfermedades. Montaña fué el primero que abrió la

1 Periódico de la Academia de Medicina. 6 vols., 1836 á 1842. Véanse los prospectos.

senda del método en el estudio de la Clínica. Algunos de sus discípulos, que existían en México por el año de 38, presenciaron la exactitud de sus indicaciones y de sus pronósticos en las enfermedades, y admiraron el buen éxito de su práctica médica. Si este genio sublime existiera hoy entre nosotros, decía hacia esa misma época el Sr. D. Casimiro Licéaga, la ciencia le debería muy importantes servicios. La muerte de este digno sucesor de Hipócrates, es digna del sentimiento de los amigos de la Medicina y de la humanidad.»²



Sr. D. Casimiro Licéaga.¹

Este hombre benéfico, fuera de múltiples atenciones, «instaba, urgía y consagraba sus horas de descanso al estudio doméstico en una academia privada, donde sus discípulos se entregaban á las tareas literarias, y en el Hospital á los trabajos de la Clínica. En Puebla se agitaban entonces los espíritus, y se formó otra Academia secreta de Medicina y Cirugía: allí se trabajó con una tenacidad sin ejemplo; y á tener un hombre inteligente á la cabeza y alguna protección, hubiera dado excelentes frutos; por todas partes se hacían esfuerzos insuficientes; y lejos de progresar, apenas había fuerzas para no retroceder. El sistema colonial que todo lo secaba, marchitó en flor cuantas plantaciones se hicieron, y la Medicina, lo mismo que los otros ramos de las ciencias, recibieron poco cultivo. . . .»³

1 El Sr. Dr. D. Casimiro Licéaga, cuyo retrato honra estas páginas, fué el primer Director de la Escuela de Medicina, en la cual desempeñó la Cátedra de Medicina legal y Socio fundador de la primera Academia de Medicina.

2 Loc. cit.

3 Loc. cit.

«La Cirugía, mucho antes del siglo pasado, tuvo que sufrir no sólo la poca consideración social que la Medicina, sino lo que es todavía más, el desdén de los Médicos: de allí es que estos últimos no la ejercían, fundados en que aquel ramo de la ciencia estaba confiado á hombres á quienes no se les exigía latinidad, y lo que llamaban filosofía. Los Cirujanos hicieron esfuerzos heroicos para salir de la abyección á que se les condenó; y en efecto, algunos de ellos llegaron á sobreponerse en luces y en aceptación pública á los Médicos más acreditados. Los talentos naturales y el estudio doméstico suplieron por todo; y á pesar de que poco se inventaba en Cirugía, con sólo los trabajos de Bell y Richerand se salía de los lauces comprometidos. Así caminaban las cosas, y se practicaban algunas grandes operaciones, como las amputaciones de todo género, la trepanación del cráneo, etc.; pero á decir la verdad, no se daba á estas operaciones y á otras, aquel grado de precisión, exactitud y felicidad que adquirieron después de la Independencia, gracias á la Cirugía francesa, cuyos métodos se abrazaron con entusiasmo. Entonces fué cuando D. José Ruiz, Cirujano Mayor de Ejército, fundó de su bolsillo una cátedra de operaciones, que se confió á la eficacia y buenas luces de D. Pedro Escobedo, hombre bien conocido por su amor á la ciencia y por su dedicación al ramo operatorio. Entonces se vieron practicar por la primera vez muchas operaciones que sólo se habían visto consignadas en los libros, y á este benéfico establecimiento se debe atribuir el principio de una nueva era, tan gloriosa para la Cirugía, como para el fundador y el catedrático del establecimiento. . . .»¹

«Hacia el año de 1833 formó el Gobierno un Colegio de Ciencias Médicas; sirvieron los Catedráticos por su dotación respectiva, y en obsequio de la verdad, es preciso

1 Loc. cit.

decir que jamás fué más completa la enseñanza médica entre nosotros. Habiendo quedado indotados los catedráticos, por una heroicidad que no todos saben tener, hicieron desembolsos periódicos para gastos del colegio, y además, sirvieron gratuitamente, conducta que bien merecía alguna consideración: algunos meses duró este sacrificio doble, y causados de él, se comprometieron únicamente á hacerlo sencillo, y así fué que sólo estuvieron sirviendo de balde. Algún tiempo se había trabajado de este modo, cuando se les quitó el edificio ó colegio. Habiéndose conocido la demasía con que se trató á los catedráticos, se les asignó otro edificio inútil para las lecciones, las que no quisieron dar por entonces; pero como la filantropía no conoce resistencias, formaron los catedráticos, juntos con otros individuos, una Academia de Medicina, á fin de adelantar ellos mismos y de publicar un periódico para los demás. . . .»¹

De intento he tomado textualmente las notas que preceden, explorando aquí y allá en los prospectos ó prólogos de los tomos del periódico de la Academia de Medicina de México, que fueron redactados por las doctas plumas de Carpio, Licéaga, Blaquiere y Robredo, y lo he hecho con el objeto de llamar la atención en el sentido de la importancia y trascendencia que afectó, sin duda, esta famosa Academia de Medicina, cuyos ilustres miembros formaron en su mayor parte la Escuela en la cual se han educado tantas generaciones médicas. Así habrá podido verse de cuántos y cuán grandes beneficios les somos deudores á estos ilustres y modestos sabios, que tan abnegadamente supieron sacrificarse por el bien común. ¡Loor eterno á sus ilustres nombres! ¡Loor eterno á Montaña, Mociño, Ruiz y Escobedo!

D. José Ruiz, con el sueldo de tres mil pesos que dis-

¹ Loc. cit.

frutaba en su calidad de Cirujano Mayor de Ejército, según se ha dicho ya, *podía sufragar los gastos de instrumentos, de útiles, de criados y de cuanto se necesitaba para las labores de la Academia de Cirugía, primera Sociedad Médica que existió por los años de 1825 á 1829. Esta Sociedad, «cuyo objeto era el estudio práctico de la Cirugía, se reunía en la Universidad y expensaba, mediante la munificencia del Sr. Ruiz, los gastos necesarios para la educación de los jóvenes que, bajo la dirección de D. Pedro Escobedo, concurrían al anfiteatro del Hospital de San Andrés á ejecutar en el cadáver las operaciones que habían estudiado en los libros. Allí se formó Escobedo, gloria de la cirugía mexicana y honra de la patria.»*¹

No es posible olvidar, entre los grandes filántropos, á D. Valentín Gómez Farfás, que siendo Presidente de la República el venturoso año de 1833, expidió un decreto firmado el 19 de Octubre, por el cual se ordenaba la extinción de la Universidad, y otro, con fecha 23 del propio mes de Octubre, por el cual se prevenía la organización del ESTABLECIMIENTO DE CIENCIAS MÉDICAS.²

Entre el personal de la benemérita primera Academia de Medicina, se contaban varios médicos extranjeros, como el Dr. Jecker, Hegewisch, Schiede, Galezowski, Blaquiére y Martínez del Río, y los redactores del periódico se ufanaban de hacer constar en sus prospectos *que con perseverancia, igualmente tranquila, se insertaban en el periódico artículos fisiológicos que artículos eclécticos, sin obligar á ninguno á pensar con alma ajena.* «Ni podía ser otra cosa, exclaman, en un periódico escrito por hombres na-

1 Discurso del Sr. Dr. Licéaga. "Gaceta Médica," 1878.

2 Biografía del Sr. Dr. D. Ignacio Erazo, por D. Juan María Rodríguez. "Gaceta Médica," 1870.

cidos desde Varsovia hasta Cádiz y desde Texas hasta Panamá.»¹

La Academia estaba relacionada con hombres bien ilustres de Inglaterra, Francia, Prusia, España, etc., y se enorgullecía de contar á Dieffenbach, de Berlín, entre sus socios corresponsales. Cultivaba relaciones con la sociedad de Medicina de Estrasburgo, que había honrado á cinco socios de número de la Academia de México, con los nombramientos de miembros corresponsales suyos; sostenía relaciones con la Academia de Medicina de Madrid, con la Sociedad Médica de Emulación de París, y con la Academia de Pavía.



Dr. Pedro Escobedo.

Escobedo, Carpio y Erazo! He aquí tres personajes culminantes de esta primera Academia. Ilustre cirujano el primero, con exquisitos sentidos, percepción clara, juicio recto, talento de inducción y tacto quirúrgico, que le hacían fijar con una exactitud y facilidad asombrosas el diagnóstico más obscuro y embrollado: cosechó triunfos es-

pléndidos repetidas veces, y con una mirada penetrante como la del águila que ve desde el cielo su presa, según la feliz expresión del Sr. Navarro, al tejer su elogio, fijaba irrevocablemente el diagnóstico y lo confirmaba á menudo con una operación audaz é inteligente.² Arrebatado por desgracia en edad temprana, por una cruel

¹ Loc. cit.

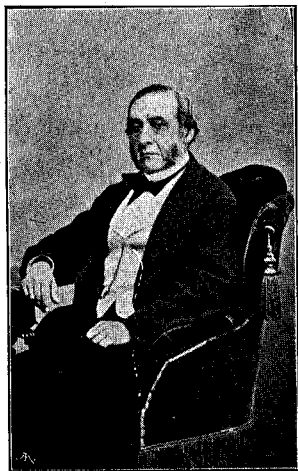
² Loc. cit. Corona fúnebre de Escobedo.

dolencia, su muerte puede considerarse como una verdadera calamidad pública, que afligió sobremanera á la sociedad mexicana. Así lo demostraron los honores que se le tributaron, tanto en Jalapa como en México, especialmente los funerales aquí celebrados con tanta pompa en la Iglesia de San Lázaro, en el Colegio de San Ildefonso y en la Iglesia de la Merced.

Carpio y Erazo fueron dos campeones denodados que sostuvieron frente á frente una lucha memorable entre las ideas antiguas y las nuevas. *Erazo fué el heraldo que empuñó en México la nueva bandera del Broussaismo, y propagó con su ejemplo las doctrinas del sabio francés. Carpio, propagador de las ideas de Bichat, de Chomel y de Bretonneau, fué el primer adalid que le estorbara el paso. ¿Quién de los dos saldría vencedor?*



Dr. Manuel Carpio.



Dr. Ignacio Erazo.

El triunfo, por de pronto, era de Erazo: se había hecho de prosélitos, las circunstancias le favorecían. Más tarde, Carpio levantó, sobre las armas hechas pedazos de sus contrarios, el estandarte de la victoria. El reinado de Broussais fué efímero....

No obstante los golpes de ariete que recibía en México la nueva doctrina, dirigidos por el sabio cuanto erudito Carpio, ella logró generalizarse, gracias al empe-

ño que en ello puso particularmente el Profesor Erazo Carpio, sereno en medio de aquel conflicto de ideas, cansado ya de levantar la voz de la razón en contra de la moderna escuela, lanzó, por último, los dardos del epigrama al fundamento, al corazón mismo del sistema, para escarnecerlo y ridiculizarlo, ya que de pronto no podía vencerlo.

Método de nuestros días,
Luego que algún mal asoma:
Agua de malvas y goma,
Sanguijuelas y sangrías,
Y que el enfermo no coma.

A mí me duelen las muelas;
Mi hijo tiene tabardillo;
Papá se quebró un tobillo.
—Pues á todos, sanguijuelas.

Confiaba en el triunfo y se retiró aplazándole.

*Carpio tuvo razón, y al fin venció. El triunfo del eximio catedrático de Fisiología, el primero que entre nosotros demostrara con experimentos sobre animales vivos, los fenómenos de la vida, fué verdaderamente espléndido, porque como se batió solo, él solo también ciñó su frente con el laurel de la victoria.*¹

Antes que la primera Academia de Medicina, había existido la SOCIEDAD MÉDICA DEL DISTRITO FEDERAL DE LOS ESTADOS UNIDOS MEXICANOS, que verificaba sus reuniones en el edificio de la Universidad, por los años de 1830 á 1832, y que en 4 de Julio de este último año nombró una Comisión compuesta de los Sres. D. Agustín Arellano, D. José Terán y D. Ignacio Torres, con el objeto de que formasen *un prontuario sobre el*

1 Biografía del Sr. Dr. Erazo. Loc. cit.

*modo y forma en que debieran certificar los Profesores, en los casos médico-legales.*¹

LA EMULACIÓN MÉDICA, establecida en el Espíritu Santo, en el local de la Escuela de Medicina, fué otra Sociedad que, bajo la Presidencia de D. Leopoldo Río de la Loza, contó en su seno á muchos médicos jóvenes y estudiosos, allá por los años de 1842 á 1843. Miembros de ella fueron los Sres. Alfaro D. Ramón, Berganzo, Jiménez D. Miguel y Vértiz D. Francisco.²

Entre fines del año de 1851 y principios del de 1852, se había organizado otra SOCIEDAD, denominada de MEDICINA Y CIRUGÍA PRÁCTICAS, que se reunía en la Botica de Santa Catarina, en la casa del Sr. D. Ignacio Baz, que fué su primer Presidente. Fueron socios, entre otros, Berganzo, Alfaro D. Ramón, Robredo y Armijo.³

Como ha dicho muy bien nuestro eminente maestro, el Sr. Dr. D. Eduardo Licéaga, en la erudita y concienzuda exposición histórica con que dió realce á su discurso de clausura, en la sesión solemne del 1.º de Octubre de 1878, al tener la satisfacción de instalar á nuestra Academia de Medicina en este nuevo local, cedido por el Supremo Gobierno, y que desde esa memorable fecha hemos venido ocupando hasta estos días; como dijo muy bien en aquella solemne ocasión, el nombre de estas Sociedades (se refería á todas las Corporaciones Médicas predecesoras de la nuestra) ha variado, su duración ha sido corta ordinariamente, pero no el aliento de los hombres que las crearon: si una Sociedad se disolvía, formaban otra; si la escasez de recursos ó la diferencia de miras paralizaba sus trabajos, organizaban una agrupación diferente, que no tuviera los elementos disolventes de la

*
1 Discurso del Sr. Licéaga. Loc. cit.

2 Sr. Licéaga. Loc. cit.

3 Sr. Licéaga. Loc. cit.

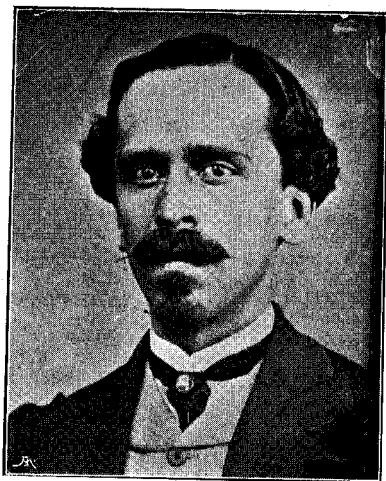
anterior; pero todas dieron fruto, todas contribuyeron á difundir la ciencia, todas tendieron á aumentar el propio caudal de conocimientos con el de los demás, y todas han contribuido, por fin, á estrechar los lazos de amistad y unión entre todos los médicos que las han formado.¹

Entre todas estas Corporaciones Médicas hay que mirar, como principales, á la primera Academia de Medicina, que existió, según se ha dicho, por los años de 1836 á 1842, y á la segunda, que desde el 30 de Noviembre de 1851 trabajó con entusiasmo durante un período de diez años, y que ya languidecía hacia la época en que, por circunstancias inesperadas, surgió á la vida pública con la COMISIÓN CIENTÍFICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA DE MÉXICO, ESTA NUESTRA ACADEMIA DE MEDICINA que, siendo, primeramente, la SECCIÓN SEXTA de dicha Comisión, trabajó así con tal carácter durante los años de 1864, desde el 19 de Abril, hasta fines de Diciembre de 1865, en que, declarada suspensa la repetida Comisión, de la cual era parte, se procedió á organizarla de otro modo, bajo la denominación de SOCIEDAD MÉDICA DE MÉXICO.²

«Así continuaron las cosas, hasta que en 1873, el infatigable socio D. Lauro María Jiménez, Presidente entonces de la Sociedad, convencido de que languidecía, porque su organización no estaba á la altura de sus necesidades, inició y

1 Loc. cit.

2 Sr. Licéaga. Loc. cit. Y además, los periódicos políticos de la época, *El Cronista de México*, *L'Estafette*, *La Sociedad*, *El Pájaro Verde*, etc.



Dr. Lauro María Jiménez.

llevó á cabo la reforma del Reglamento. Cambió el nombre de la Sociedad por el de ACADEMIA DE MEDICINA DE MÉXICO, que conserva; aumentó á cien el número de socios para hacer, como él decía, *la trasfusión de sangre abundante y rica, que diera nuevo vigor á la Corporación*; hizo indefinido el número de socios correspondientes, para que, diseminados en la extensión de nuestro vasto territorio, nos enviaran noticias del clima de las localidades en que habitan, de su inexplorada flora y su desconocida fauna; nos hicieran conocer las aguas medicinales, las endemias, y la estadística médica de las poblaciones en donde viven, y pudiéramos, con el tiempo, formar la geografía médica de nuestro país.»

«El gran número de socios titulares fué distribuido en 16 secciones, que abarcan todos los ramos de la medicina y de las ciencias que con ella tienen conexión más directa; cada sección debía presentar en las sesiones hebdomadarias un trabajo original, por turno riguroso, y fijado de antemano. Proveyó á la creación de un empleado de la misma Sociedad, que cuidara y conservara las piezas anatómicas, la Biblioteca, que se comenzaba á formar, y que coleccionara las publicaciones que recibía la Academia. La relacionó con las Corporaciones científicas de nueve de los Estados de la América del Sur, de la Habana, de Puerto Rico; con la Smithsonian, de Washington; con la Academia de Ciencias y la Academia de Medicina, de París; con la Real, de Londres; la de Historia Natural y Anatómica, de Madrid, y la de Medicina, de la misma Capital; con las de Berlín, Viena, Turín, Florencia, y con la de Victoria en Melbourne (Australia).»

«Reformó la Comisión de publicaciones, ampliándola y ensanchando sus atribuciones; mejoró la parte material de la *Gaceta*, y dividió el trabajo entre los Secretarios de una manera equitativa.»¹

1 Sr. Licéaga. Loc. cit.

Tales fueron, aparte de los de orden científico, que son bien trascendentales, los importantes trabajos administrativos que supo llevar á feliz término aquel hombre *tan pequeño de cuerpo como grande de corazón*, aquel gran filántropo y sabio naturalista, que se llamó D. Lau-ro María Jiménez. Por eso ha merecido bien de la Academia, y su memoria será imperecedera.

De entonces acá, nuestra Sociedad ha seguido el curso de su vida científica y administrativa, conforme á la misma regla que, salvo ligeras variaciones, hijas de circunstancias muy particulares, se ha conservado fundamentalmente inalterable.

Es de justicia consignar en este lugar, que la Academia es deudora de inmensa gratitud á su antiguo socio titular, el Sr. Dr. D. Adrián Segura, y al Sr. Dr. D. Felipe Licéaga, antiguo y distinguido alumno de la Escuela de Medicina, por las gestiones que ambos hicieron en su calidad de Diputados al Congreso de la Unión, para haber de conseguir los subsidios de que ahora goza, que fueron liberalmente otorgados por la ilustrada Administración del Sr. Gral. D. Porfirio Díaz, desde hace 28 años, y que de entonces acá ha venido disfrutando sin interrupción alguna.¹



Dr. Adrián Segura.

1 La Academia no ha olvidado, antes bien los recordará siempre agradecida, entre sus ilustres benefactores, á los Sres. Gral. D. Vicente Riva Palacio y Lic. D. Protasio P. Tagle, que respectivamente fueron Secretarios, de Fomento el uno, y de Justicia é Instrucción Pública el otro, en la primera Administración del Sr. Gral. Díaz. Decretada la subvención á favor de la Academia, ya pudo ser considerada en el Presupuesto de Egresos de la Nación, expedido para el ejercicio fiscal de 1877 á 1878, y quedó adscrita al Ministerio de Fomento. Posteriormente, la sabiduría del

Por la rápida reseña que precede, habréis podido advertir, señores Académicos, que los intereses científicos, tanto de la Escuela como de la Academia de Medicina, se han mantenido estrechamente unidos desde la fundación de ambas instituciones. Vinculadas así desde un principio, han venido caminando, prestándose recíproco sostén y mutuo apoyo, para asegurar su mejoramiento y progreso, y por tal razón, sin duda, el Sr. Dr. Licéaga, actual Director de nuestra Escuela, con una previsión superior á todo encomio, un grande interés y un extraordinario patriotismo, que lo enaltecen en sumo grado, se preocupó desde hace 28 años de dejar instalada á nuestra Academia á la sombra y al amparo de la Escuela de Medicina. . . .!

*
* *

La sexta Sección de la «Comisión Científica, Literaria y Artística de México,» que se estableció en los tiempos de la Intervención francesa, recibió al organizarse la denominación siguiente: «Medicina, Cirugía, Higiene, Medicina Veterinaria, Estadística Médica, Materia Médica y Antropología.» Quedó constituida de esta manera: Presidente, Sr. Dr. Ehrmann, Médico en Jefe del Cuerpo Expedicionario; Vicepresidentes, Sres. D. Miguel F. Jiménez, Profesor de la Escuela de Medicina, y Dr. Clement.

Congreso la puso bajo el patrocinio de la Secretaría de Justicia é Instrucción Pública. El Sr. Gral. Riva Palacio le otorgó desde un principio, liberal y decidida protección; á su favorable informe ante la Cámara de Diputados, y á su diligente empeño, hay que atribuir en gran parte el éxito alcanzado en aquella empresa; le hizo donación de muebles y otros objetos, y se afanó en proporcionarle un local adecuado. El Sr. Lic. Tagle se preocupó asimismo por arraigarla y engrandecerla; á él le es deudora del local que hasta hoy ocupa. Este hombre distinguido se complacía en asistir con cierta frecuencia á las sesiones que en este nuevo sitio comenzaron á celebrarse desde entonces.

Miembros: Sres. D. Agustín Andrade; Benoit, Farmacéutico en Jefe; Vergeyre, Veterinario; Claudel, Médico Mayor de primera clase; Coindet, Cirujano Mayor de primera clase; D. José Ignacio Durán, Decano de la Escuela de Medicina; D. Ignacio Erazo, Profesor de la Escuela de Medicina; Garroni; D. Luis Hidalgo Carpio, Profesor de la Escuela de Medicina; Dr. Honnan, Médico Principal; Leguistín, Veterinario en Jefe; D. Rafael Lucio, Profesor de la Escuela de Medicina; Merchier, Farmacéutico Mayor; Montes de Oca; D. Luis Muñoz, Profesor de la Escuela de Medicina; D. Francisco Ortega, Profesor de la Escuela de Medicina; Pirard; Schulze; D. José María Vértiz, Profesor de la Escuela de Medicina.¹

Estos son los verdaderos socios fundadores de la Academia de Medicina, á quienes se les puede considerar divididos en dos grupos, de Médicos mexicanos el uno, y el otro de Médicos extranjeros, ya radicados en el país ó que formaban parte del Cuerpo expedicionario francés. *Se organizó la Sección y se reunió por la primera vez el 30 de Abril de 1864. Dividióse al nacer en cinco subsecciones; los socios se agruparon en ellas según sus aptitudes ó inclinaciones; se resolvió unánimemente que la Sección Médica no sería representante de ninguna doctrina Médica, de ningún sistema preconcebido; que los socios emitirían libremente sus ideas y serían los únicos responsables de ellas.* Bajo estos auspicios iniciaron sus trabajos científicos los miembros que la constituían, y que asociados posteriormente á otros médicos mexicanos ó extranjeros, que fueron ingresando en adelante, la mantuvieron con cierto prestigio hasta fines del año de 1865.²

1 Pueden consultarse á este respecto los periódicos políticos de la época; en todos ellos aparecen publicadas las listas con los nombres de los que formaron las diversas Secciones de la Comisión.

2 Dr. Licéaga. Loc. cit. Véanse las actas de la Academia. Primer libro. Año de 1864.

La egregia personalidad de D. Miguel Francisco Jiménez, es, sin duda alguna, la más grande, la más conspicua, entre todas las que forman, como ya he tenido la honra de decirlo en alguna otra ocasión solemne, *esá ilustre galería de viejos Maestros, que para nosotros todos seguirá siendo lo que ha sido siempre, el eje adamantino de la Ciencia patria, el luminoso guión de la verdad, un refulgente dechado de gloria nacional, y espejo purísimo del honor y de la hidalguía!*¹



Dr. Miguel Francisco Jiménez.

Con sobrada razón nuestro inolvidable compañero, el Dr. Sosa, en uno de los arranques de juvenil entusiasmo, allá en los albores de su carrera médica, al tratar de bosquejar la silueta científica del gran clínico, comenzaba diciendo estas memorables palabras: «¡Levántate, pensamiento! Sube. . . . sube hasta la región de las doradas nubes y de las majestuosas tempestades; báñate en la luz del sol primaveral; purifícate en la contemplación de la naturaleza, y luego. . . . inspira mi profano labio para pronunciar el nombre más glorioso con que se enorgullece la medicina nacional. . . .»²

Y al querer exhibir ante vuestros ojos la angusta figura del Maestro, no puedo hacer otra cosa mejor que ver si acierto á perfilarla, tomando del elogio que de mano maestra trazara el gran filósofo Barreda, los rasgos más culminantes y que en mi concepto bastan para caracterizar al *eminente clínico de San Andrés, que ha hecho so-*

¹ Reseña de los trabajos de la Academia, en el año de 1904 á 1905. "Gaceta Médica."

² Periódico "La Escuela de Medicina." Tomo I. Año de 1880. Número 17, consagrado al Gral. Ulises S. Grant.

nar con honra el nombre de México en los cónclaves de la sabiduría universal, y que con su ejemplo y con su palabra ha enseñado á todos, que la medicina es el apostolado de la ciencia y de la caridad.¹

«El año de 1834, después de haber cursado las materias correspondientes á la enseñanza de la filosofía en el Seminario Conciliar de esta Capital, pasó el Sr. Jiménez á estudiar Medicina al *Establecimiento de Ciencias Médicas*.»

«El sabio, el laborioso y el virtuoso Jiménez, fué, pues, uno de los primeros frutos de aquella Escuela, que los enemigos del progreso persiguieron por tantos años con las armas de la calumnia, presentándola como una sentina de vicios, como un seminario de inmoralidad, y como una inmundicia cloaca de escándalo y de prostitución; de aquel establecimiento, que no pudo sobrenadar en medio del inmenso vórtice de retroceso que se tragó á todos los otros, sino luchando con la absoluta carencia de recursos pecuniarios, con la falta muchas veces hasta de local en que poder dar las lecciones, y con todo linaje de calumnias. . . .»²

«No bien había abandonado los bancos de la Escuela, en la que había dejado una estela luminosa, obteniendo siempre los mejores puestos y las primeras distinciones, cuando fué llamado á suplir una de esas perseguidas clases prácticas por las que siempre se le conoció una decidida predilección.»

«El 6 de Septiembre de 1838 obtuvo el título de Médico Cirujano, y mes y medio después era nombrado *adjunto* de la Escuela, á propuesta unánime de los profesores

1 Discurso del Dr. Maximiliano Galán, á nombre de los médicos del Hospital Juárez (San Pablo), en los funerales del Dr. D. Miguel F. Jiménez.

2 Loc. cit. Corona fúnebre que la Academia de Medicina de México consagra á la memoria del ilustre catedrático de Clínica interna, Dr. D. Miguel F. Jiménez. "Gaceta Médica." 1876.

que acababan de ser sus maestros. En el mes de Diciembre del mismo año, fué llamado á servir interinamente la clase de Anatomía, que desempeñó con singular acierto mientras duró la ausencia del catedrático propietario. La destreza y profundo conocimiento de la organización de que dió evidentes pruebas en el tiempo que duró esa suplencia, hicieron que cuando en 1841 se creó la plaza de Prosector de Anatomía, y cuando la impericia de la primera persona nombrada para desempeñar este difícil cargo, obligó á pensar en una que prestase plenas garantías, desde luego se fijaron en él todas las miradas, y fué propuesto para dicho cargo, que desempeñó á satisfaccióu de todos, y muy particularmente del exigentísimo cuanto entendido catedrático, D. Manuel Andrade. Pero antes de obtener esta plaza en propiedad, ya había servido como substituto del distinguido Profesor Villa, la clase de Patología interna, desde Julio de 1839, en cuyo puesto permaneció casi continuamente, hasta que entró á desempeñar las labores de Prosector.»

«En 1845, las frecuentes indisposiciones del Profesor de Clínica Interna, perjudicaban de un modo tan notable la instrucción de los alumnos, que se hizo forzoso concederle la licencia que solicitó, y la opinión de la Junta de Catedráticos y la de la Escuela entera, designó á Jiménez para este honroso cuanto difícil y espinoso cargo.»

«Desde entonces data la Era de la espléndida trayectoria de nuestro insigne Profesor y de nuestro inolvidable Maestro. Allí era donde lo llamaba su vocación: allí era donde su incansable laboriosidad, su inmensa y sólida instrucción, su singular penetración, adunada á una admirable rectitud de juicio, y, por último, su ardiente amor á la ciencia y su perfecta y cabal sinceridad y buena fe, que no le permitían jamás ocultar un error, descubriendo é mismo, con una lealtad ejemplar, los que la im-

pericia de los discípulos habría podido dejar ignorados, sacando así igual, y, aun á veces, mayor provecho, para la instrucción de sus rarísimos errores, como de sus frecuentes aciertos: allí, en el campo de la clínica, á la cabecera de los enfermos, y brazo á brazo con las dificultades del arte, era adonde sus brillantes dotes, entre las que descollaba cual gigantesco eucalipto un severo método de investigación y de apreciación, á la vez que una amplitud de miras, y una fecundidad de concepciones para enlazar los fenómenos que la observación le hacía descubrir, y que más incongruentes podían parecer; allí era, repito, en donde esas brillantes dotes debían encontrar un vasto campo de aplicaciones, asegurándole una corona de inmarcesible gloria, y de eterna gratitud y admiración de cuantos tuvimos la honrosa satisfacción de tenerlo por guía, de llamarlo Maestro. . . .»

«En Diciembre de 1849 se abrió un concurso para proveer la cátedra de Patología interna: Jiménez vió así por la primera vez abierta la puerta para entrar á la Escuela como propietario, se inscribió desde luego como candidato, y según era de esperarse, la obtuvo por unanimidad; pues las pruebas del concurso no hicieron sino confirmar á todos en el altísimo concepto que de su instrucción y capacidad tenían ya formado.»

«Muy poco tiempo después, una permuta hecha con el profesor de clínica interna, le permitió volver á ocupar el puesto adonde había prestado ya tan eminentes servicios, y adonde su inclinación y sus excepcionales aptitudes le llamaban.»

«En él permaneció hasta su deplorable muerte, con excepción de unos cuantos meses, durante los cuales se vió separado de sus alumnos por una pueril medida de circunstancias. . . .»

«Los escritos con que enriqueció á la ciencia fueron

muchos: todos ellos marcados con el sello de la filosofía que bebió en el estudio de los hechos y de las ciencias de observación, todos ellos de un carácter esencialmente práctico y positivo, sin mezcla de dogmatismo ni de rutina.»

«Un estudio minucioso y concienzudo sobre la fiebre exantemática de México, á la que conservó el nombre vulgar de *Tabardillo*, fué el resultado de un gran número de observaciones, que comenzó á recoger y analizar desde su entrada, como director de una sala en el hospital de San Juan de Dios, y que continuó en su clase de clínica. . . . Desde 1846, es cuando data el conocimiento en México de este terrible azote en todos sus detalles y consecuencias, así como en las analogías y diferencias que tiene con la fiebre tifoidea descrita por Louis en Francia.»

«Las afecciones del hígado, y muy especialmente los abscesos, tan frecuentes entre nosotros, fueron el objeto predilecto de sus estudios: en su diagnóstico y pronóstico adquirió una admirable pericia: él fué el primero que demostró con hechos bien observados, que una terminación de los abscesos hepáticos, que los europeos, *à priori* sin duda, habían declarado ser la más peligrosa, lo era, sin embargo, mucho menos que las otras: la comunicación del foco purulento con los bronquios al través del peritoneo, del diafragma, de la pleura y del tejido mismo del pulmón, es, en efecto, un conjunto de lesiones que, á primera vista, debían hacer suponer como necesaria una terminación funesta: la experiencia acreditó, sin embargo, lo contrario. Jiménez, partiendo de este dato, resolvió con una sagacidad y con una fuerza de raciocinio y de inducción, que no serán jamás superadas, el gran problema del tiempo y forma en que deben abrirse los abscesos del hígado; problema que por su importancia había ejercitado

por mucho tiempo en vano la penetración de los médicos de todas las partes del mundo. Los numerosos éxitos obtenidos diariamente con ese método, y las víctimas arrancadas sin cesar por él á las garras de la muerte, forman la aureola brillante de su invento: porque él no fué el producto de un encuentro afortunado, que pudiera haber incumbido al primer transeunte, sino el producto y la creación del genio, que supo buscar y encontrar las verdaderas condiciones de un problema inmensamente complicado, y satisfacerlas de un modo tan cabal como inesperado. . . .»

«El fué quien vulgarizó en México y aun perfeccionó la auscultación y la percusión para la exploración de los enfermos, y en general todos los medios físicos de investigación.»

«Por esos medios, en los que adquirió una destreza proverbial, el diagnóstico de las enfermedades de las pleuras y de las vías respiratorias, llegó en él á una precisión matemática, pudiendo decirse que las paredes del tórax eran transparentes para él. . . .»

«Todas las academias, todas las corporaciones científicas de la capital y de la República entera, se apresuraban á tener la honra de contarle entre sus miembros, así como también algunas del extranjero, y todas sacaban copioso y sólido fruto de esa adquisición.»

Era, sin duda, un hombre de ciencia firme, sus conocimientos eran vastos; pero á la cabecera del enfermo, el valor de la ciencia se subordinaba al sentimiento del artista; tenía un tacto y una intuición verdaderamente geniales, y poseía una facultad individual, acrecentada por la experiencia, que le permitía ver las cosas tales y como eran en la realidad objetiva del organismo enfermo.

Sabía mucho, pero en la manera de llenar una indicación tenía ideas originales é inesperadas resoluciones que revelaban ese QUID DIVINUM, que inspira y arranca

decisiones cuyo móvil no podría inspirar el más sereno razonamiento científico; acreditando la verdad de aquella frase de Pascal, que tendía á demostrar que no siempre la revelación de la verdad es fruto de la razón: «El corazón tiene razones, que la razón no conoce,» ó como dijo después Bernard: «El hombre puede más de lo que sabe.»¹

«A sus brillantes cualidades intelectuales, unía Jiménez una cabal pureza de intenciones, un deseo ardiente por el progreso de la Medicina, su ídolo predilecto; por la felicidad de su patria, á la que amaba hasta el delirio, hasta el extravío; una inquebrantable energía de carácter, un vigor moral á toda prueba, del cual las dió inconcusas en su última terrible enfermedad; un afecto nunca desmentido hacia su familia y hacia sus amigos, conservando inalterables muchas de sus relaciones de la infancia; una caridad sincera y sin ostentación; un conjunto, en fin, de todas las cualidades morales que pueden ennoblecer y hacer fecunda una inteligencia colosal. . . . Pedid más para la inmortalidad, y se os tachará, con razón, de injustos y de ciegos.»²

El Sr. D. José Ignacio Durán de Huerta y Gastelú, originario de Puebla, *era un genial, entendido y discreto médico, que tuvo muchos años como Director nuestra Escuela de Medicina.* Antes había ejercido su profesión y había hecho dos viajes á Europa con mucho

1 Palabras del Dr. G. Mendizábal, en la memoria "Profilaxis y tratamiento del tifo," que leyó en la Academia de Medicina, en la sesión de Junio 27 de 1906.

2 Todos estos conceptos están tomados textualmente del discurso del Sr. Dr. D. Gabino Barrera, en los funerales del Sr. Jiménez.



Dr. José Ignacio Durán.

estudio y provecho. Debido á su tino y discreción, la Escuela de Medicina llegó á una altura envidiable; poseía dotes particulares para gobernar ese establecimiento, y á sus esfuerzos, secundados por los catedráticos del plantel, se debió el haber salvado á la Escuela de los golpes del partido del retroceso.

Fué socio de muchas Corporaciones científicas, miembro de la Inspección de estudios, de la Dirección de los mismos; Vicepresidente de la Sociedad Filarmónica, del Consejo General de Instrucción Pública, de la Junta de Gobierno de la Academia de San Carlos, profesor de Medicina legal en la Escuela de Medicina. En los primeros años de su carrera médica perteneció al Cuerpo de Sanidad Militar, habiendo servido antes como Cirujano en el cuarto Regimiento de Infantería, y como físico en el Batallón de Realistas de Puebla, etc., etc. Dificilmente podrían referirse con perfecto orden todos los cargos públicos que desempeñó el Sr. Durán.

«Vida dulce, tranquila y serena, pero impregnada de filantropía y de sentimientos nobles y patrióticos. Sucumbió á edad muy avanzada, el día 19 de Abril de 1868, á consecuencia de una neumonía agudísima. Su cuerpo se trasladó al anfiteatro de la Escuela, y allí fué embalsamado.»

«El día 25 fué conducido al panteón de San Fernando con solemne pompa. Era un día de luto público: todas las asociaciones científicas, literarias y artísticas, los colegios, las escuelas é infinidad de personas se apresuraron á acompañar hasta su última morada al hombre que había consagrado su vida entera al adelanto de la ciencia.»¹

1 "Anales de la Asociación Larrey." Tomo II. Núm. 8. 1876

Biografía del Sr. Durán, por el Dr. Hilarión Frías y Soto.—En "El Monitor Republicano" y otros periódicos políticos de la época, hay varios pormenores acerca de los funerales del Sr. Durán.

El Sr. Durán le dió á la Escuela todo lo que tenía, se sacrificó por su engrandecimiento con un patriotismo sin ejemplo, y con un desprendimiento nobilísimo. La posteridad debe levantar un monumento á su memoria.



Dr. Luis Muñoz.

Yo no puedo pensar en el Sr. D. Luis Muñoz, sin acordarme de Velpeau, y se me figura encontrar algunos rasgos de semejanza en los orígenes sociales de estos dos ilustres Cirujanos. Recordáis, señores, que allá en su juventud, el gran Cirujano francés ejercía en su pueblo natal la albeitería ó el oficio de mariscal, como suele también decirse, y cuando llegó al pináculo de su grandeza, sentado en su sillón de académico, al oír los

elogios que se le tributaban á él y á otros cirujanos célebres, á quienes se llamaba por antonomasia los grandes Mariscales de la Cirugía, se sonreía maliciosamente y le decía á su vecino: *no cabe duda, yo voy á acabar por donde empecé?* Pues bien, señores, acordaos de los prodigios que hacía Velpeau, de las grandes maravillas que realizaba tan sólo con el uso de los vendajes, en las aplicaciones de los cuales llegó á tener una habilidad y destreza extraordinarias! Qué prodigios, qué maravillas no habría realizado este gran Cirujano, si le hubiera sido dado figurar en época más reciente. . . .!

Idéntico juicio es el que me hago respecto de D. Luis Muñoz, cuando oigo contar los prodigios y maravillas que obraba. Es fama que realizó las más atrevidas operaciones. Oculista distinguido, se había formado en la escuela de su propio padre, el célebre D. Miguel, aquel genial barbero, que allá en los últimos días de la época colonial

había operado, con instrumentos de su propia invención, á uno de los oidores de la Audiencia, devolviéndole la vista, que había perdido á consecuencia de las cataratas. Y tan hábil era en la ejecución de estas operaciones, que reclamaban su destreza y cuidados por dondequiera. D. Luis, según refería él mismo, lo acompañaba de niño á ver á los enfermos de cataratas, y lo ayudaba en estas intervenciones quirúrgicas. D. Luis heredó de su padre ciertas habilidades manuales, que tenían feliz aplicación al arte de la Ortopedia. Ambos conservaron y propagaron la vacuna aquí en la Capital, habiéndola recibido D. Miguel de manos del célebre Dr. Balmis, cuando éste realizó la famosa expedición cantada por Quintana.

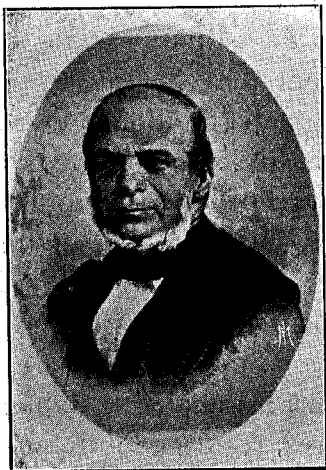
En la memorable discusión que, acerca de la bondad de la vacuna humanizada, se inició y sostuvo con un derroche de pruebas, de argumentos, de observaciones y talento por ambos lados, y que ocupó durante muchos días la atención de esta Academia de Medicina en el año de 1869; D. Luis Muñoz fué el campeón más notable, el de mayor autoridad y más prestigio, como que contaba con una experiencia personal de largos y dilatados años. Fué Cirujano del Hospital de San Andrés, Catedrático de Patología externa en la Escuela de Medicina, y miembro fundador de esta Academia.¹

El Sr. D. José María de Vértiz, una de las lumbreras de la Escuela de Medicina, maestro eminente, oculista distinguido, cirujano de gran renombre, fué alumno de la Universidad, de cuyas aulas salió para recibir el título de Médico en el año de 1836, después de un lucido examen ante la Junta de catedráticos del *Establecimiento de Ciencias Médicas*. Muy joven aún, se consagró al ejerci-

1 "Anales de la Asociación Médico-Quirúrgica Larrey." Loc. cit. Necrología del Sr. Muñoz.—Tesis del profesor D. Rafael Lavista, *De las diversas especies de cataratas y de su tratamiento quirúrgico*, escrita para el concurso á la plaza de catedrático adjunto de Medicina operatoria en la Escuela de Medicina. 1869.

cio de la profesión, sobresaliendo entre los compañeros de la época, por su saber, por su talento y por su juicio.

En compañía de D. Luis Muñoz, hizo un viaje á Europa, radicándose en París, con el fin de seguir las lecciones de Lisfranc, Desmarres, Blandin, Velpeau, Civiale, Boulland, etc. Regresó á México y desempeñó la cátedra de Operaciones en el *Establecimiento de Ciencias Médicas*, en el cual



Dr. José María de Vértiz.

tenía el carácter de *adjunto*. Después de algún tiempo de prestar estos servicios, en cumplimiento de la ley, tuvo que inscribirse para sustentar el concurso destinado á proveer en propiedad el empleo de Profesor de la dicha cátedra de medicina operatoria.

En los días 20 y 22 de Enero de 1847, sostuvieron las pruebas de este concurso los Sres. Vértiz y Ortega (Don Francisco). El Jurado designó por unanimidad al Sr. Vértiz para desempeñar la plaza, y acordó expresar en la acta, que todos sus individuos habían quedado satisfechos del mérito del Sr. Ortega.

«Vértiz continuó desempeñando la cátedra que le fué adjudicada en propiedad con el mismo reposo y con igual empeño, á cuando la servía por una especie de encargo de confianza.»

«Sus lecciones, en las que centelleaba el fuego de una inteligencia superior, eran, á la vez que sólidamente instructivas, gustosas, por amenas; y por elocuentes, admirables. . . .»

«Otro servicio de grande importancia debió la Escuela

al Sr. Vértiz, en un tiempo en que por ausencia del Sr. Durán estuvo desempeñando la dirección del Establecimiento. En los días á que se hace referencia, la Escuela vegetaba dando no escasos frutos, merced á la abnegación de los catedráticos que trabajaban sin percibir el honorario debido, y aun se puede decir que á pesar del Gobierno, que perseguía en vez de proteger al Establecimiento. A tanto llegó la mal disimulada adversión de nuestras autoridades políticas respecto del pobre plantel, que no pocas veces se vió éste sin edificio para sus cátedras, las cuales se daban en los domicilios de los profesores, resultando de tan anómala constitución, que se careciese en absoluto de laboratorios y gabinetes; que las disecciones anatómicas fuesen muy raras, y que los adelantos, en suma, no fuesen los que debiera uno prometerse, visto el empeño de los catedráticos y las felices disposiciones de los alumnos. El Sr. Vértiz, que, como sus dignos compañeros sobre quienes pesaba la Escuela, llevaba tiempo de trabajar en persuadir á las autoridades supremas de que el humilde vivero donde se formaban los hijos de Esculapio no era una horrorosa sentina de vicios, como se decía públicamente, tuvo el gusto, durante su interinato en la dirección, de ajustar con el representante del gobierno un convenio, por el cual se adjudicaba á la Escuela el edificio de San Hipólito, y los catedráticos hacían cesión de sus sueldos vencidos en la cantidad que representaba la finca.»

«El beneficio debido á aquellos hombres que el sepulcro va devorando, decía nuestro ilustre colega y venerado maestro, el Sr. Dr. D. Manuel J. Domínguez, al trazar con la elegancia y pulcritud que acostumbra su docta pluma, la biografía del Sr. Vértiz, no lo podemos olvidar quienes los lloramos hoy, supuesto que desde que fué recibido, tomó la Escuela tal rango entre las de su especie,

que ni la menoscabó siquiera el último golpe que se le infirió más tarde, quitándole su edificio, bajo el frívolo pretexto de que en la ciudad faltaban cuarteles para las tropas de S. A. S. Pudiera agregar, á propósito de esto mismo, que al Sr. Vértiz, como á los demás catedráticos de su época, debimos la adquisición del local en que hoy se encuentra la Escuela, y el que, por lo mismo, haya conservado ésta el prestigio y la importancia que la han conquistado al fin, la alta protección del gobierno, merced á lo cual casi ya llega á la altura de que es digna por sus méritos pasados, por sus trabajos actuales y por la honra que promete á la patria en un porvenir que no está muy distante.»

«La Escuela no ha sido ingrata respecto de aquellos hombres á quienes debió tantos y tan generosos servicios: siempre ha honrado y bendecido su memoria; y en cuanto al Sr. Vértiz, siempre supo apreciarlo, estimándolo en cuanto valía. Tenemos una prueba del aprecio con que lo distinguió, en el hecho de que, á la muerte de su infatigable director, el Sr. D. Ignacio Durán, él fué propuesto al gobierno en substitución del finado, por unanimidad de sufragios de los catedráticos reunidos en Junta, propuesta que el gobierno recibió con gusto, y por la cual lo nombró desde luego director del Establecimiento el 29 de Abril de 1868.»

«Desde esa fecha, hasta el nefasto día en que una enfermedad violenta vino á privarnos de sus interesantes servicios, la dirección fué desempeñada como era de esperarse de piloto tan diestro. Sorprende el que los diversos negocios de esa oficina pudieran haber sido despachados tan eficazmente, por un hombre que á esos quehaceres agregaba los de la cátedra, los que requería el Hospital de Jesús, del que fué director durante muchos años, y los muy grandes que demandaba el servicio de su numerosa

clientela. Pero Vértiz, para todo tenía tiempo: visitaba su hospital dos veces al día, con el reposo que previene la caridad en la asistencia á los enfermos pobres; atendía á los asuntos de la Escuela, vigilando y poniendo en giro, tanto los grandes como los pequeños; recorría el dilatado círculo de sus clientes, mirando á los acandalados con el mismo interés que á los de escasa fortuna; concurría á las juntas médicas, á las que todos los días era llamado por los compañeros que encomendaban á su buen juicio la resolución de los más arduos y difíciles problemas; en todas partes estaba, por dondequiera se le veía, puede decirse que se multiplicaba, y sin embargo, jamás se le vió ni torpe ni fatigado, jamás abandonó su natural reposo, que era como la representación de su espíritu siempre tranquilo, como recto y bueno.»

«El 22 de Marzo de 1871, fué día de duelo para la sociedad mexicana; el Sr. Vértiz sufrió un ataque de apoplejía cerebral, que lo inhabilitó para el ejercicio de su profesión, empañando su clara inteligencia, privándole de la palabra, y dejándole hemiplégico. . . .»

«Desde aquel funesto mes de Marzo, en que la sociedad perdió á su distinguido bienhechor, hasta el 24 del mismo mes en el año de 1876, en que la familia recogió el último aliento de aquel hombre, transcurrieron cinco años de enfermedad, al cabo de los cuales se devolvieron á la tierra sus restos, que fueron inhumados sin pompa, por haberlo así dispuesto él mismo, en el panteón de Dolores, cerca de Tacubaya.¹»

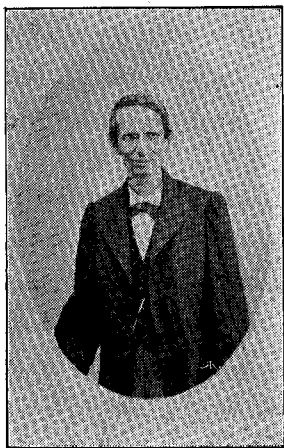
Jinénez y Vértiz, Muñoz y Durán! He aquí, señores, cuatro figuras prominentes del antiguo profesorado de la Escuela, honra y prez de nuestra Academia, que se siente verdaderamente orgullosa de haberlos contado en-

¹ Dr. D. Manuel J. Domínguez. Loc. cit. "La Escuela de Medicina." Tomo II. 1880-1881. El Sr. Dr. José María Vértiz (apuntes biográficos).

tre sus ilustres fundadores! Sus caros é inolvidables nombres están grabados con caracteres indelebles en la memoria de las generaciones que les han sucedido, y no morirán, sin duda, porque con sobra de altos merecimientos supieron conquistar en su laboriosa y honrada vida ese derecho á la inmortalidad.....!

Sabiduría y prudencia, rectitud y constancia, acrisolada honradez y laboriosidad jamás desmentida, sinceridad y buena fe, caridad y amor para con sus semejantes, extraordinario civismo y culto reverente por la ciencia y por la patria; tales fueron los timbres máspreciados de estos maestros ilustres, dignos de ser apellidados egregios *varones*, tomando el vocablo en el genuino sentido que le daban los contemporáneos del *hombre divino*.

Pues bien, señores; heredero de tan altas virtudes, dignísimo sucesor de aquellos excelsos maestros ha sido el hombre que preside esta reunión. Él se educó y formó al lado de aquellos ínclitos varones, para quienes fué de veras un niño mimado. Con razón nuestra Escuela de Medicina y aun también nuestra Academia, han podido recoger y se prometen cosechar todavía abundante y rica mies de las interesantes labores de este gran filántropo....!



Dr. Luis Hidalgo Carpio.

«El Sr. D. Luis Hidalgo y Carpio, desempeñó importante papel durante un período de 30 años....»

«Muchos son los pormenores de su vida laboriosa; grandes los ejemplos que sus virtudes públicas y privadas presentan á la admiración de la nuestra y de las generaciones venideras; profundos y originales fueron sus trabajos científicos; extensa su enseñanza, y dignas de consignarse las lecciones

que su vasta práctica pudo acumular en un largo y bien empleado ejercicio profesional....»

«Joven aún, y en vista de su notoria instrucción y aplicación, la Junta de Catedráticos lo designaba para ocupar una plaza de adjunto, vacante en esta Escuela, á la cual ingresó el 6 de Octubre de 1843.»

«Desempeñó en ella varias cátedras en su calidad de adjunto; pero una circunstancia fortuita vino poco después de su entrada á atraer su atención hacia los estudios especiales á que se dedicó durante el resto de su vida. En 1845, el Dr. Licéaga, que á la sazón enseñaba la Medicina legal, pidió licencia para separarse momentáneamente, y designó á Hidalgo para reemplazarlo. Puede decirse que desde entonces se desarrolló en él el gusto hacia esa difícil especialidad, que fué el punto de mira de sus estudios posteriores.»

«En el Consejo Superior de Salubridad, en el Cuerpo Médico Militar, y, sobre todo, en el hospital municipal de San Pablo, encontró frecuentes ocasiones para llevar al terreno práctico sus estudios favoritos. Allí el ejercicio de la traumatología legal, la solución de difíciles cuestiones que diariamente se le sometían, sus continuas relaciones con los jueces y tribunales, le hicieron profundizar varios puntos de la Medicina legal, que en parciales trabajos publicaba, y que han hecho de él el más distinguido médico forense que hasta hoy ha poseído la ciencia mexicana....»

«No se distinguió sólo en su especialidad. Hábil, diestro y atrevido, practicó con complacencia la cirugía toda su vida, y en el hospital, que fué el teatro de su ejercicio, se venerará mucho tiempo su memoria. Todos los demás ramos de la medicina eran objeto de sus estudios en sus ratos de descanso. Cultivaba también con placer la Química, de la cual hizo variadas y exactas aplicaciones á la

toxicología; sus conocimientos fueron aprovechados al redactar la Nueva Farmacopea Mexicana, en cuya Comisión desempeñó un papel muy importante.»

«Ejerció la medicina, á pesar de sus muchas atenciones y de su quebrantada salud, hasta poco antes de morir: la ejerció con conciencia, con caridad y con abnegación. Trabajó mucho y murió pobre.»

«Al lado del enfermo siempre se distinguía por su severo juicio y recto diagnóstico, sus consejos certeros y la originalidad de sus métodos curativos, que fundaba en hechos de su vasta práctica.»

«En el hospital, en la cátedra, en sus escritos, en las discusiones académicas y en su trato social, daba siempre pruebas del profundo saber que adquirió á fuerza de estudiar y trabajar. En todas las Sociedades á que pertenecía, era un modelo de confraternidad y asiduidad. . . .»¹

«. . . .¿Quién se hubiera atrevido á tachar de remiso en llenar cumplidamente los deberes del hombre y del ciudadano, ó en el ejercicio de las virtudes morales á Hidalgo Carpio, aquel profesor de inteligencia tan flexible y tan extensa, tan profundamente poseído por el celo de la ciencia, por el amor á la verdad, en cuyo pecho delicado se abrigó un gran corazón, animado hasta el último momento por la más ardiente caridad?»

«¿No lo hemos visto en los últimos meses de su penosa enfermedad, coronar la perfección de su vida, preparándose á comparecer ante el Supremo Juez en la contemplación espiritual, en el recogimiento, en las prácticas del más fervoroso ascetismo?»²

1 Discurso del Sr. Dr. D. Agustín Andrade, en la Velada fúnebre que para honrar la memoria del Sr. Dr. D. Luis Hidalgo y Carpio, celebró la Academia de Medicina la noche del 14 de Junio de 1879.—“Gaceta Médica.” Tomo XIV, 1879. Núm. 13.

2 Dr. Juan Breña. Juicio crítico del “Juicio crítico sobre los artículos 569 y

«...Tenía una ciega é inquebrantable fe en la verdad del catolicismo, y deseaba inculcarla en sus discípulos, porque —decía— *jamás me he arrepentido, ni en mis momentos de felicidad, ni en mis días de tribulación, de haber sido educado en la fe de mis mayores.* Este contento y esta satisfacción fueron manifiestos hasta el instante en que exhaló el último aliento, porque él consideró como un viaje sin zozobras el que iba á emprender; y después de arreglar con calma sus negocios todos, después de despedirse y aconsejar á las personas que le eran queridas, partió tranquilamente á la eternidad el día 12 de Mayo de 1879. . . .»¹

El Sr. D. Francisco Ortega, director que fué de la Escuela de Medicina, figura también muy dignamente entre los fundadores de esta Academia, de la cual fué electo Presidente en tres distintas ocasiones.

Profesor adjunto en la Escuela desde el 17 de Octubre de 1845, substituyó al año siguiente al antiguo profesor de Anatomía, Sr. Andrade, desempeñando la del ramo hasta la terminación del año escolar. El 12 de Agosto de 1848 se inscribió al Concurso para proveer la clase de Anatomía descriptiva, vacante á consecuencia de la muerte de Andrade. Obtuvo la plaza por unanimidad, dejando al Jurado en extremo complacido, y desde entonces, hasta su muerte, acaecida en 1.º de Abril de 1886, ejerció sin descanso el magisterio al frente de la referida cátedra.



Dr. Francisco Ortega.

570 del Código Penal vigente." "Crónica Médica Mexicana." Revista de Medicina, Cirugía y Terapéutica. Tomo I. 1898. Núm. 11.

1 Discurso del Sr. Dr. D. Gustavo Ruiz y Sandoval, en la Velada fúnebre

En el discurso de esta peroración, ya hemos tenido oportunidad de ver figurar el nombre del Sr. Dr. Ortega, al delinear los cuadros más importantes de nuestra vida científica médica, tanto en lo que respecta á la creación y desarrollo de las Academias y Corporaciones, de que hemos hablado, cuanto en lo que mira á la evolución y progresos de la Escuela.

«...El Sr. Ortega, por su talento, por sus conocimientos profundos en Anatomía, por su carácter lleno de benevolencia, se había conquistado la amistad y simpatía, no sólo de los numerosos médicos que fueron sus discípulos, sino de todos los que tuvieron la fortuna de cultivar su ameno trato....»

«Sus labores como Director de la Escuela le alejaron por algún tiempo de nuestra Academia, que apreciadora de su saber, le confirió el título de miembro honorario.»

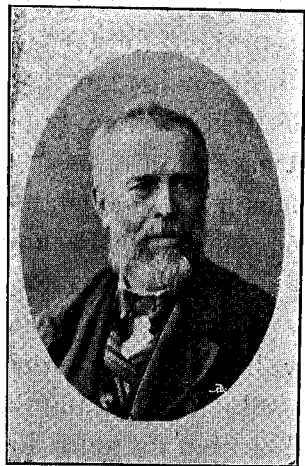
Entre los importantes trabajos presentados por el Sr. Ortega en el seno de esta Corporación, no podemos menos de recordar un caso de *ligadura de la arteria ilíaca externa*, operado con buen éxito. Así también, entre las reformas que llegó á deberle la ciencia, se cuenta como muy importante *la de haber descubierto y demostrado que el nervio del sentido del gusto, es el nervio intermediario de Wrisberg*.

En dos palabras puede resumirse la existencia del Sr. Ortega, diciendo: *fué una vida consagrada al más noble de los trabajos, la enseñanza; una alma llena de cariño para sus amigos, y de nobleza para sus escasos malquerientes; títulos bastantes para dejar un recuerdo imperecedero en el corazón de todos aquellos que se inclinan ante la majestad de la virtud y la grandeza del ejemplo.*¹

que para honrar la memoria del Sr. Hidalgo y Carpio, celebró la Academia de Medicina la noche del 14 de Junio de 1879. "Gaceta Médica," loc cit.

1 Periódico "La Escuela de Medicina." Tomo II. 1880-1881. Números 21 y si-

El Sr. D. Rafael Lucio, «dedicado á los estudios desde una edad temprana, se hizo notable por la claridad de sus concepciones y por la madurez de sus juicios, obteniendo siempre en sus cursos la calificación suprema. Tras lucido examen obtuvo el título de Médico y Cirujano, consagrando desde entonces sus vigilias todas y todo el inflexible temple de su carácter, á impulsar la ciencia, de la que era por vocación sacerdote. En fuerza de este afán se hizo



Dr. Rafael Lucio.

desde luego de numerosa clientela, que sirvió con desprendimiento y solicitud, sacrificándole sus gustos y sus horas de reposo; atravesó epidemias, durante las cuales fué el amparo de los pobres y el consuelo de los ricos; hizo especial estudio de la lepra que aflige y mata á muchos infelices, vistos hasta él con la repugnancia que inspira el miedo al contagio y vueltos desde él á la comunicación con el resto de los mortales;¹ dos veces pasó los mares con el sólo objeto de visitar las escuelas médicas de la culta Europa, demostrando á su regreso todo el provecho que de tales expediciones obtenía; fué, en una palabra, un médico empeñoso y activo, desinteresado y probo, severo hasta para consigo mismo, pero

guientes. El Dr. Francisco Ortega. Apuntes biográficos por el Dr. J. G. Lobato. "Gaceta Médica." Tomo XXI. Núm. 8.

1 Hace alusión al opúsculo sobre el *mal de San Lázaro ó elefantiasis de los griegos*, que escribió el Sr. Lucio en unión del Sr. D. Ignacio Alvarado. Este importante trabajo fué leído en la segunda Academia Médica, en las sesiones de los días 31 de Diciembre de 1851 y 29 de Febrero de 1852, y se distribuyó impreso en la sesión del 30 de Octubre del mismo año. Para los Señores Lucio y Alvarado, la lepra no era contagiosa. La ciencia moderna afirma lo contrario, que es transmisible y de origen micróbico.

lleno siempre de bondad, muy especialmente respecto de los humildes.»

«Desde que comenzó su práctica, quiso no guardar egoísta todo el saber que adquiría, ni que en su cerebro cristalizasen con el frío de la edad las ideas que en sus lucubraciones concebía ó tomaba de otros en su solitario estudio, sino que se transmitiesen á inteligencias distintas, para que así, cultivadas por varios, se fuesen perfeccionando. Con tan noble propósito, sostuvo lucido certamen científico, aspirando á una de las cátedras más importantes, la de Patología interna, que obtuvo y desempeñó hasta su muerte, formando rica y dilatada cauda de médicos, que siguen con fe la luminosa estela del barco en que bogaba el maestro por el incommensurable mar de la ciencia.»

«Y no bastando la posición ganada á su espíritu comunicativo, á su insaciable sed de progreso, contribuyó con valiosísima cooperación á formar esta Asamblea Médica; la presidió dos veces, una en el año de 1869 y otra en el de 80 á 81; en el de 64, la misma Corporación, estimando en todo su valer la honorabilidad de tan distinguido miembro, le nombró su Tesorero; hizo varios dictámenes y lecturas de observaciones importantes, y así cuando presidía los debates como cuando ocupaba modestamente el sillón académico que honró tantos años, era su palabra luz y era su consejo el blando impulso de una aura cariñosa, que sin provocar borrascas y apartándonos de los escollos, nos llevaba al porvenir.»

«Anciano ya, y fatigado quizá de su vida militante, á la que nunca dió tregua ni reposo, aún concurría á las sesiones de la Academia, aún tomaba participación activa en nuestras labores, aún buscaba nuestras manos con las trémulas suyas para estrecharlas con efusión, siempre que nos encontraba en el camino del deber; aún nos alen-

taba, por último, con su voz y con su ejemplo, á perseverar sin miedo en el áspero sendero en que nos colocó el destino.»

«..... Bondadoso por naturaleza, reservado por educación, nimio en el cumplimiento de todo compromiso, sobrio y sencillo en sus hábitos y gustos, dulce en su trato, pero teniendo en su dulzura algo de grave, majestuoso é imponente; amante de la familia, de la patria y de la libertad; cristiano sin ostentación ni hipocresía; de genio artístico y hábil apreciador de las obras de arte, era su vida como una corriente de mansas y transparentes aguas que enseña las perlas y corales de su fondo á la vez que copia las maravillas del cielo.»

«Y si á todo esto se agrega el santo y sereno amor que hacia la patria ardió siempre en el corazón de Lucio; si añadimos, lo que no es mucho decir, que en aras de este último sentimiento hubiera sacrificado sin vacilación sus ricas colecciones artísticas y arqueológicas, su título de médico, que estimaba en tanto, su fortuna toda y hasta su vida, que era la vida de su familia y amigos, más y más se aquilatan aquellos merecimientos.....»

«Por amor á la patria, fué extraño siempre á nuestras revueltas políticas; jamás pasó del terreno que le pertenecía como médico hacia aquel cuyas arenas abrasan y en el que las discusiones son tempestades que lastiman cuando no matan con el rayo de la palabra y se desatan al fin en lluvias torrenciales de lágrimas y sangre. Tuvo, sin duda, sus opiniones propias en lo que se refiere á la marcha política de los sucesos; mas siempre que los bandos se armaron para dirimir sus funestas querellas en el campo de batalla, Lucio era el Médico de los unos y de los otros; á la cabecera del herido no inquiría su manera de pensar, ni si el arma esgrimida lo fué por esta ó aquella mano, para en definitiva asistirle ó abandonarle; era

el sacerdote que prodigaba confortable bálsamo á todos los que sufrían!»

«Pero si peligraba la autonomía nacional como en tiempos de ominosa recordación, entonces ya no se embelesaba tanto en sus estudios, como el que trazando líneas no sintió la ruina de su patria; sino que, á semejanza de Sócrates, á quien no impidió fuese un gallardo soldado toda su filosofía, se aprestaba generoso á confundir su sangre con la del pueblo que sucumbía por débil. Recuérdese que en el año de 47, cuando nuestros soldados abandonaban sus últimos baluartes, dejando tendidos en el campo batallones enteros; cuando el pánico se difundía en la Capital por entre acaudalados y menesterosos; cuando nuestro espléndido cielo fué velado por las luctuosas alas del ángel de la desolación, y nuestras auras se estremecieron con ¡hurra! que eran aullidos, y proyectiles que se cruzaban en direcciones distintas, nuestro patriota compañero, lleno de abnegación, denodado como un héroe, atravesó por entre las filas enemigas para llegar á Chapultepec, donde se sostenía la última escena de aquel drama sangriento, donde se agitaba con las convulsiones de la agonía nuestra nacionalidad, herida por último en su más tierna y delicada entraña.»

«.....Murió como había vivido: lleno de entereza, inflexible en sus resoluciones, ejerciendo sin galas aparatosas los consoladores preceptos de su creencia; envuelto, podemos decir, en el níveo manto de su modestia, y coronado por la más envidiable de las coronas todas, por la del respeto de cuantos le trataron.....»¹

«El Sr. Dr. D. Agustín Andrade tuvo la honra de ser

1 Discurso del Sr. Dr. D. Manuel J. Domínguez, á nombre de la Academia de Medicina, en la velada fúnebre que en memoria del Dr. D. Rafael Lucio celebró esta Corporación la noche del 2 de Septiembre de 1886.—Gaceta Médica. Tomo XXI. Núm. 18. 1886.

uno de los Socios fundadores el año de 1864 de la nueva Academia de Medicina, y en el mismo año le fué encomendado el cargo de segundo Secretario, que desempeñó con la laboriosidad que le era peculiar....»

«...Sucesivamente desempeñó la plaza de Archivero en 1873; fungió de Vicepresidente de 1874 á 1875; como Presidente, de 1875 á 1876, de 1877 á 1878, de 1879 á 1880, de 1880 á 1881, de 1883 á 1884, y, por último, de 1885 á 1886.»



Dr. Agustín Andrade.

«Tantas y tan innumerables muestras de confianza dadas por la Academia á este hombre respetable, son la mejor demostración de la altísima estima que con tanta justicia le dispensó.»

«Era su lema el orden, la exactitud, el cumplimiento fiel del Reglamento, llevando á veces su severidad y rectitud hasta la exageración, sin condescender en manera alguna á la infracción de las reglas. Celoso defensor de los intereses de esta Asociación, los cuidaba más que si fueran propios; su afán constante era el perfeccionamiento de la organización de la Sociedad.»

«La mayor parte de las reformas importantes que figuran en nuestras reglas, son obra suya, y siempre cuidaba con su ejemplo ser el primero en la observancia de las determinaciones acordadas.»

«Uno de los asuntos que más le preocupaba, era la decadencia de nuestra Sociedad. Pertenecía á esa generación de hombres para quienes el deber es todo, sabiendo cumplirlo con agrado, con satisfacción, más aún, con

verdadero cariño. Podía decirse de él que era el último vástago de los fieles, encarnándose en su persona el espíritu de los Jiménez, de los Hidalgo Carpio y de otros muchos de esos hombres de la generación pasada, en los que el espíritu de asociación científica estaba tan arraigado, que no entendían cómo podía faltarse al compromiso contraído, sacrificando siempre cualquiera ocupación ó trabajo personal al cumplimiento de sus deberes para con la Sociedad.»

«Noble, humilde, expresaba constantemente en sus discursos el agradecimiento de que estaba poseído hacia sus consocios por las distinciones que se le hacían; señalaba á la vez los vacíos que creyera observar en la institución y alentaba constantemente á los obreros de la ciencia para sostener su espíritu y levantar el ánimo de la Sociedad. Tal era su cariño para ella, que cuando estuvo en Europa no olvidó enviarle sus recuerdos afectuosos y deseos benévolos por su prosperidad y engrandecimiento.»¹

El Dr. Andrade había nacido en París el 3 de Mayo del año de 1836, y al regreso de su familia á México, hizo entonces los primeros estudios en el Seminario de León; volvió después á la capital de Francia, en cuya Facultad de Medicina hizo sus estudios profesionales, alcanzando la borla del doctorado; regresó de nuevo á la Capital de la República en 1860, y previo examen, quedó incorporado á nuestra Escuela de Medicina.

Por concurso obtuvo la cátedra de Medicina Legal, y de la misma manera la plaza de médico en el Hospital de San Andrés. Fué Presidente del Consejo Médico-legal

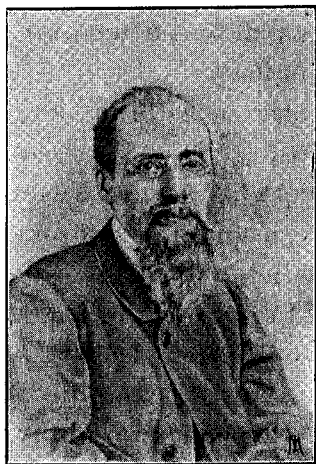
1 Discurso del Dr. D. Rafael Lavista á nombre de la Academia de Medicina, en la velada fúnebre que dedicó esta Sociedad á la memoria del Sr. Dr. D. Agustín Andrade, y que tuvo verificativo la noche del 3 de Mayo de 1887.—Gaceta Médica. Tomo XXII. Núm. 12.—1887.

y miembro de todas las Sociedades y Academias científicas de la República, de la de Jurisprudencia y Medicina legal de Nueva York, y director del Instituto Oftalmológico Valdivielso. Cirujano, oftalmólogo y ginecólogo distinguido, médico prudente y sabio, profesor concienzudo, llenó escrupulosamente siempre sus deberes y ha dejado publicadas en nuestros anales varias memorias científicas, á cual más interesante, sobre diversos asuntos profesionales.¹

Tócale ahora su turno al grupo de médicos extranjeros, que contribuyeron, por su parte, á la fundación de nuestra Academia. Vamos á personificarlos en las dos figuras más culminantes que aparecían entre ellos, en los Dres. Ehrmann y Clément, que fueron respectivamente los primeros Presidente y Vicepresidente de la Academia.

El Dr. Julio Carlos Alberto Clément, *tan conocido en la República Mexicana con el nombre de Dr. Clément, nació débil y así lo pareció toda su vida.* «Hizo sus primeros estudios en el colegio de Valognes, de donde salió, habiendo terminado lo que llamaban entonces las humanidades, á la edad de diez y siete años.»

«El día 6 de Agosto de 1839 le fué otorgado el diploma de Doctor en medicina á los 24 años de edad.... En 1849 llegó á la República Mexicana, en donde debía desarrollar su talento, darse tanto á querer y dormir el último sueño.»



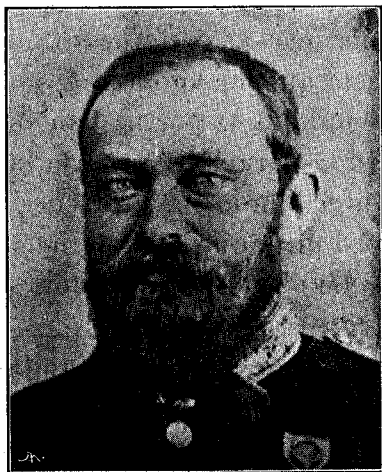
Dr. Clément.

«Cuantos recuerden su carácter jovial, su afabilidad, su entusiasmo para la práctica, su pasión de hacer el bien, su adoración por el noble arte de curar, comprenderán que en dondequiera que se presentaba, el éxito más completo le acompañaba.»

«Cuando llegó á México, la reputación del arte francés estaba hecha por una serie de prácticos hábiles, y él mantuvo alto y firme el estandarte de la Cirugía francesa.»

Trabajó en la Capital; pero con mayor fruto pecuniario en el interior del país. «Sembró el bien á su paso, curando á calculosos, devolviendo la vista á enfermos de los ojos, enderezando pies y piernas desviadas, y dejando recuerdos imperecederos....»¹

«El Dr. Carlos Alberto Ehrmann era médico en la más noble acepción de la palabra: adoraba su profesión y la honraba en consecuencia: no había operación difícil á la cual no convidara al Dr. Clément, á quien quería y estimaba como lo merecía. Cuando trabajaban juntos, se complacía, para el bien de los pacientes, en cederle los instrumentos y verlo operar; y



Dr Ehrmann.

cuando la Comisión Científica, que dió el sér á nuestra Academia, fué fundada, quiso el Dr. Ehrmann asociar

1 Noticia biográfica del Dr. Julio Clément, leída en la Academia de Medicina de México en la Sesión solemne del 1.º de Octubre de 1882, por el Dr. Juan F. Fénelon.—México.—Imprenta de Ignacio Escalante.—1882.—Gaceta Médica. Tomo XVII. 1882

á su amigo predilecto en los trabajos de su organización.»

«Hijo de la Alsacia, su opulento desarrollo daba idea de una constitución inagotable; su expresión bondadosa, de una conciencia satisfecha. Su fisonomía, risueña y afable, llena de franqueza, inspiraba la confianza. *Era el médico en Jefe del Ejército expedicionario francés.* Servía á su país y á la humanidad con afán; anhelaba, en medio de los horrores de una guerra vergonzosa, hacer amar el nombre francés, y compensar, como médico y como sabio, los males que especuladores políticos imperdonables sembraban sin pudor.»

«Cuando vinieron los desastrosos días, en los cuales la Francia invadida defendía los restos de su frontera abierta por la impericia, Ehrmann, encerrado en Metz, consagró sus poderosas fuerzas al servicio de los heridos, hasta quedar agotado él mismo por la enfermedad. Entregada Metz por la traición, no creyó haber saldado su deuda para con la patria, mientras le quedaba un soplo, y moribundo fué á ofrecer el resto de su vida al ejército del Loire, que todavía hacía frente al enemigo. Allí murió en el puesto de honor, sirviendo hasta el último suspiro.»

«Tal era nuestro fundador, *tal era el primer presidente de la Academia de Medicina*, tal fué el mejor amigo del Dr. Clément en aquella época.»

«Difícil hubiera sido encontrar dos constituciones más diferentes: la una atlética, sanguínea, tranquila; la otra débil, nerviosa, agitada por la pasión del arte; la primera parecía eterna; la segunda, al contrario, parecía devorada por un fuego interior, siempre pronta á consumirse. Sin embargo, el amor al trabajo, el deseo de honrar á la ciencia y á la patria, unió á estos dos hombres, los unió con un afecto fraternal fundado en la estimación recí-

proca, y ambos pueden quedar entre nosotros como ejemplo para las generaciones venideras de médicos dignos de tal título.»¹

Agrupados alrededor de estas dos grandes figuras, quedarán en nuestro recuerdo los otros médicos extranjeros residentes en el país, Garrone, Pirard, Schulze, que fué el primer secretario de la primitiva Sección, y los demás médicos, farmacéuticos y veterinarios del Ejército francés, Benoit, Bergeyre, Clandel, Coindet, Honnan, Leguistin y Mercier,² que fueron fundadores también de la Academia, colaboradores en los primeros trabajos de la Asociación, en el primer tomo de cuyos anales aparecen publicadas las memorias científicas con que contribuyeron.³

1 Noticia biográfica del Dr. Julio Clément, por el Dr. Juan F. Fénclon. Loc. cit.—Gaceta Médica.—Tomo XVII. 1882.

2 En las listas que publicaron los periódicos de la época, aparece el nombre de este farmacéutico escrito *Merchier*, y en las actas de la Academia se lee *Mercier*. Era Farmacéutico Mayor del Ejército Expedicionario francés.

3 En las mismas listas á que se ha hecho referencia, se encuentra, entre los miembros que formaban la Sección sexta de la «Comisión Científica, Literaria y Artística de México,» el nombre del Sr. Montes de Oca. Según hemos podido informarnos, ese nombramiento recayó en el Sr. Profesor D. Victoriano Montes de Oca, uno de los farmacéuticos más antiguos de la Capital; recibió su título en Febrero de 1830 y se consagró al ejercicio de la farmacia en la Botica del Hospital Real, que, merced á su empeño y dedicación, adquirió una fama justa y merecida. Era un sabio modesto y abnegado, que consagró todos sus desvelos en beneficio de la humanidad. Falleció en esta ciudad el 5 de Abril de 1875. Por su extraordinaria modestia vivió siempre retraído, dedicado exclusivamente á los asuntos de su profesión; declinó la honra que le resultaba del nombramiento de miembro de la Sección, y por eso su nombre no aparece en las actas de los primeros trabajos.—Véase el núm. 5 del Tomo I de los «Anales de la Asociación Larrey.» Necrología, pág. 79.



¡Ah, señores! Si no fuera por el temor fundado de continuar abusando de vuestra benevolencia, si no fuera porque ya leo en vuestros semblantes el cansancio y la fatiga que os ha causado este larguísimo discurso, me detendría, siquiera fuese unos cuantos instantes, para consagrar tan sólo un pensamiento á la memoria de las otras personalidades ilustres, que desgraciadamente han desaparecido de entre nosotros, dejando vacíos tan lamentables en esta Corporación! ¡Cuánto siento, en verdad, no haber podido hablaros de Barreda, el gran filósofo, el eximio profesor de Patología general en la Escuela de Medicina, naturalista insigne, excelso fundador de la Escuela Preparatoria, émulo de Leibnitz y Lagrange; de Barceló y Villagrán, tan modesto cuanto distinguido cirujano, que realizó en su época atrevidas intervenciones operatorias; aquel hombre tan probo como pundonoroso, ilustre defensor de Churubusco, antiguo presidente de la «Sociedad Médica de México,» profesor adjunto de la Escuela desde el 17 de Marzo de 1851, en la cual desempeñó con tal carácter las cátedras de Medicina operatoria, de Anatomía descriptiva, de Patología, tanto externa como interna, de Clínica externa y que mereció la distinción de ser designado para ocupar, por último, el puesto de primer catedrático de Anatomía general y topográfica, á la enseñanza del cual ramo vivió consagrado desde 1868 hasta su muerte, acaecida en 1872; Ignacio Alvarado, el ilustre profesor de Fisiología; de la Escuela de Medicina, el colaborador de Lucio en los trabajos científicos sobre el mal de San Lázaro; del inmortal autor de la marcha de Zaragoza, del fundador de la Clínica obstétrica en la Escuela de Medicina, de

Aniceto Ortega, cuyo divino nombre se lo disputan entre sí la música, la medicina y las ciencias físico-químicas; de Brassetti, el benjamín de la familia, según la frase de Jiménez, que en él preparaba un sucesor; de Leopoldo Río de la Loza, astro de primera magnitud en el hermoso firmamento de la ciencia nacional; de Angel Iglesias, antiguo catedrático de la Escuela, autor de la obra sobre *Laringoscopia*, cuya publicación contribuyó en gran manera á divulgar el nuevo método de exploración clínica, arrojando viva luz en el campo de las aplicaciones que por su intermedio habían de llegar á realizarse en los dominios de la patología y de la medicina operatoria; de Menocal, Chassin, Arnijo, Magaña, Boves y Gargollo; de Baillif, Touraine, Jourdanet, Liquet, Cronillebois; de Arámburo, López Vicente, Hinojosa, López Rómulo, Pasalagna, Chaix, Larrea, Lino Ramírez, Egea y Galiendo, Calderón, Lobato, Galán, Cacho y tantos otros más, que cooperaron con sus labores meritorias al sostenimiento y progreso de nuestra Sociedad; de Francisco González, aquel sabio farmacéntico, tan erudito como humilde, que contribuyó con sus luminosos escritos á la redacción de la Nueva Farmacopea mexicana; de Lázaro Ortega, tipo acabado de hidalguía y caballerosidad; de Leguía, aquel médico español, que figuró tan dignamente entre los miembros de la segunda Academia de Medicina, y así también mereció ser contado en el número de los que formaron la primitiva Sección que fué el origen de esta nuestra Academia; de Gumersiindo Mendoza y Alfonso Herrera, de Rafael Lavista y Francisco Montes de Oca, insignes maestros todos, sabios naturalistas y expertos químicos aquellos dos primeros, egregios cirujanos estos dos últimos, discípulos predilectos de Muñoz, que todavía no han sido debidamente reemplazados; de Juan María Rodríguez, ilustre profesor de química general, digno sucesor de Río de la

Loza en la Escuela Preparatoria; tocólogo de afamada y bien adquirida reputación, que en la enseñanza nacional supo elevar el arte obstétrico á un nivel mucho más alto del que había logrado conquistar hasta entonces en las Escuelas de la culta Europa; escritor castizo y erudito, que hizo sudar las prensas con las hermosas, sabias, admirables y abundosas producciones de su inagotable y prodigioso talento; insigne y esclarecido pedagogo, cuya incansable facundia y bien decir fueron la admiración y el encanto de otros días. . . .!!

¡Cómo me aflige ciertamente no decir nada en vuestro abono, ¡oh excelsos maestros! Carmona y Valle, Ildefonso Velasco, Ricardo Vértiz y Francisco Chacón! ¡Qué pesadumbre me causa no poder recordar vuestros trabajos, Pablo Martínez del Río, Juan Fénélon y Fernando Malanco! Habría querido decir algo en tu honor, ¡oh Semeleder! discípulo esclarecido de Czermak y Türk, antiguo ayudante de la Clínica de Billroth; tú que llegaste al mexicano suelo formando parte del imperial cortejo de un príncipe infortunado, que *selló con su sangre las desgracias de su nueva patria*; que amaste tanto á esta Academia por cuyo engrandecimiento te desvivías. . . .! ¡Ni cómo olvidaros á vosotros, José María Reyes, Gustavo Ruiz Sandoval, José Barragán, Miguel Cordero, Maximino Río de la Loza, Antonio Careaga, Agustín Reyes, Sebastián Labastida y Mauricio Flores! ¿Cómo no consagrar un tierno recuerdo á Secundino Soza, á Juan José Ramírez de Arellano, á Ismael Prieto, á José Ramírez, á Manuel Aragón, á José María Ingo Hidalgo y á Eduardo Vargas?

Para vosotros todos, que fuisteis obreros laboriosos, de infatigable celo, modelos de prudencia, llenos de sabiduría, ejemplos vivos de rectitud y de constancia, así como de acendrado patriotismo; para vosotros todos conservamos una dulce memoria, un ternísimo recuerdo, que

guardamos en el fondo del alma, como que no os hemos olvidado ni os olvidaremos nunca, ya que fuisteis pacíficos conmlitones en la benemérita milicia literaria y científica; maestros, amigos y hermanos nuestros....!

¡Descansad en paz! Dormid el sueño eterno mientras llega el día feliz de esa anhelada resurrección en que tanto confiasteis y esperasteis....!

¡No tardaremos en seguiros, ya que tan sólo os habéis adelantado, nos habéis precedido en el camino....!

Entretanto, os consagramos de todo corazón estos instantes de amistoso recuerdo, repitiendo con el poeta latino:

Quamquam festinas, non est mora longa,
Licebit, injecto ter pulvere curras!

México, Agosto 8 de 1906.

L. Troconis Alcalá.